

Colla

número 12

Los ingrátidos



Matías Candeira *Un trozo de otra mujer*

Paula Cifuentes *La niña suicida*

Jenn Díaz *Un contracuento italiano*

Juan Soto Ivars *La parte más caliente*

Antonio J. Rodríguez *Aladino y los flips del palo en Rawalistán sobre su mágica patineta*

Sergio Lifante *Graves*

con prólogo de Ainhoa Rebolledo



Colla número doce
Una revista literaria in crisi
agosto 2012
www.collacolla.org

PEQUEÑA NOTA INTRODUCTORIA	3
<i>de Marco Gigliotti</i>	
PRÓLOGO	4
<i>de Ainhoa Rebolledo</i>	
Un trozo de otra mujer	5
<i>de Matías Candeira</i>	
La niña suicida	11
<i>de Paula Cifuentes</i>	
Un contracuento italiano	15
<i>de Jenn Díaz</i>	
La parte más caliente	23
<i>de Juan Soto Ivars</i>	
Aladino y los flips del palo en Rawalistán sobre su mágica patineta	31
<i>de Antonio J. Rodríguez</i>	
Graves	39
<i>de Sergio Lifante</i>	

PEQUEÑA NOTA INTRODUCTORIA

Colla 12 (Los ingravidos) se propone ofrecer una panorámica de la nueva narrativa escrita por algunos autores españoles nacidos en los años '80.

Cuando los autores fueron seleccionados estaban todos inéditos en Italia. La situación ha cambiado desde que los elegimos para este número de Colla. Belfondo, de Jenn Díaz, ha sido publicado recientemente por Edizioni La Linea, y estoy convencido de que para los otros la publicación italiana es solo una cuestión de tiempo.

Para saber más sobre los autores y la escena literaria española actual os remito a las entrevistas que encontraréis al final de los relatos.

Un agradecimiento particular para la autora del prólogo, Ainhoa Rebolledo, y para los ilustradores.

Marco Gigliotti

Ingrávido, -da adj

1 se aplica al cuerpo que no está sometido a la fuerza de gravedad terrestre.

Diccionario Enciclopédico Voz1. © 2007 Larousse Editorial, S.L.



ILUSTRACIONES

Misstendo: ilustración de portada

Francesco Bevilacqua: *Un trozo de otra mujer*

Margherita Barrera: *La niña suicida*

Emanuele Giacometti: *Un contracuento italiano*

Ilaria Meli: *La parte más caliente*

Federica Salemi: *Aladino y los flips del palo en Ravalistán sobre su mágica patineta*

Genea: *Graves*

Coordinación ilustradores: Mauro Maraschi

Traducción y entrevistas: Marco Gigliotti

PRÓLOGO

Hace mucho que no se discute (ni fuerte ni débilmente) sobre la utilidad o no utilidad de internet. Ya se da por hecho que está bien, que vale, ¡qué viva el progreso! y ahora, cuando se habla (no ya discute) se hace sobre la adicción a la mensajería instantánea (en sus múltiples formas y variantes) y de por qué no me contesta si tiene el móvil y TODO el internet con sus MÚLTIPLES redes sociales en el bolsillo y no le cuesta nada –cero céntimos– contestarme a uno –al menos uno– de los ochenta y cuatro (84) mensajes que le he enviado. y por qué le has enviado ochenta y cuatro (84) mensajes, maldita loca, pues si me hubiera contestado a dos o tres primeros mensajes no hubiera tenido que escribirle los otros 80 preguntándole primero por qué no me contestas, después si es que ya no me quieres, acaso estás muerto y luego ya al final procedí al insulto. Al final resultó que no tenía conexión de red y cuando vio los ochenta y cuatro (84) mensajes me contestó con un claro, escueto, directo y único “estás loca o qué”.

Otra de las adicciones y dependencias físicas y mentales que hemos de agradecer a internet en particular y al siglo XXI en general son los blogs y mal llamados “revistas literarias”. Sufrimos un exceso de información, más bien de existencia de blogs de pseudo-crítica literaria, ¡dadme una cuenta de blogger y me haré catedrático de literatura comparada! , blogs de pseudo-moda, ¡dadme un cualquierchorrada. blogspot.com, dadme una cámara digital que me pongo mis trapillos y seré una trend-setter –sea lo que sea una trend-setter!

Y yo, con lo mucho que odio las revistas digitales –podemos llamarles blog de una vez, por favor– voy y me encuentro participando en esta maravilla de Colla –que sí que es una revista digital, por una vez, gracias–, donde entiendo lo que quiero porque está en italiano y me alegra saber que, damas y caballeros, a continuación vienen los españolitos, las auténticas promesas de la literatura española actual –chúpate esa Carlos Ruiz Zafón– bien guapos, elegantes y traducidos al italiano. Los españolitos traemos siestas y relatos sobre el nuevo drama, sobre la miseria real –los veranos teniendo catorce años, los patinetes del centro de Barcelona, viajes a Venecia en busca de lo perdido– y nada de ciencia ficción ni juego de tronos –un poco de abandono de gatos, eso sí– ni de absurda poesía sino HERMANAS QUE SE SUICIDAN, y más miserias. Y desolación.

¡Aquí estamos! Leednos bien fuerte, que es intensamente gratis. Si existiera únicamente la edición en papel de este número lloraríais muy fuerte por la pésima distribución –eso siempre y cuando os decidierais a comprarla, que estamos todos muy achuchadicos. ¡Qué disfrutéis!

Ainhoa Rebolledo

Un trozo de otra mujer

de Matías Candeira

La historia comienza en el mismo lugar donde todo desaparece: la mesa metálica, la luz de neón, los bisturís brillantes, los fórceps, y con esa coloración de los maderos que pasan mucho tiempo bajo el agua, el cuerpo de la mujer. Se llamaba Erika Santoni, una joven de ojos grises que había recibido un balazo de su compañero hacía tan solo un par de horas. Por encargo especial de un superior, yo tenía orden de efectuar una autopsia sobre la trayectoria de la bala y la causa —si es que queda alguna duda sobre ello— de su muerte. Como siempre, un aburrido examen, procedimientos de bisturí y petición de pruebas corroboraron que la bala había hecho bien su trabajo. Erika era una mujer atractiva como pocas habían pasado por la mesa de autopsias, y ni siquiera el agujero de bala en el pecho, de un color oscuro y terrible, o esa tonalidad vítrea de la piel, me impedían verla hermosa como un rubí. Era hermosa por sus grandes ojos grises que no miraban a ninguna parte, su palidez de ahogada... Y era aún más hermosa por su mano. La mano es, por supuesto, lo más importante de mi querida Erika. Quizá porque estaba llena de abalorios extraños y de cicatrices poco terrenales. Según el informe, Erika Santoni era médium y espiritista de profesión. A lo mejor porque cada uno de sus dedos, las finas venas azules o la curva de las uñas me recordaban a Isabel. Isabel, que en paz descanse, habría dicho que su mano era mucho más hermosa que la de Erika y me habría negado un beso. Pero Isabel estaba muerta.

No sé por qué hice aquello. Todavía me pregunto qué fue lo que me llevó a serrarla, introducirla en la bolsa de plástico y bajar la cabeza al saludar a la recepcionista cuando regresé a mi apartamento. Era una mano hermosísima, así de sencillo, y por eso me la traje. No soy un hombre que proceda así normalmente.

Descansó unas horas en un cubo atestado de hielos. Procedí, no obstante, a amenizar su descanso con ópera. Me encanta la ópera. Es magnífica cuando has de tratar con los muertos: los adagios resucitan a cualquiera. Quizás la condición de pertenecer a una mujer que trataba con cosas de otros mundos, el hielo o el arrojito del tenor que sonaba en aquel momento, fue lo que pareció resucitar el pulgar, y un segundo después, los otros cuatro dedos. Se incorporó con agilidad y comenzó a reptar por la repisa del baño, de un lado para otro. Sobra

decir que me atraganté con la cena cuando poco después, de un salto atlético, la vi encaramarse a la mesa de la cocina y señalarme. Por Dios bendito, una mano que anda no es una cosa que se vea todos los días. Pero uno se acostumbra a ver tanto... A mí me resultaba encantadora: la blancura fina en la piel, igual a un desierto en calma, y aquellas uñas brillantes que repiqueteaban en la superficie de la mesa. Cómo iba a negarme a darle la bienvenida.

La mano anduvo hacia mí, eso es todo. Supongo que era obvio lo que estaba solicitando, y puesto que no podía hablar y tampoco resultaba tarea fácil que consiguiera utilizar el lenguaje de los signos, yo la acompañé al cuarto de invitados y preparé sábanas limpias. Una vez que la cama estuvo lista y la mano arropada debidamente, le dije:

—Que duermas bien.

Por cumplir, juro que lo hice por cumplir. Entonces apagué la luz. La pobre comenzó a agitarse, se zafó del edredón y correteó inquieta por la cama.

—Bueno, vale. Te dejo la lamparita encendida.

Ella se quedó relajada, con la palma completamente extendida y —supongo que respiraba así— subiendo su muñeca serrada arriba y abajo. Como un angelito.

No debía gustarle la oscuridad.

Vivir con una mano derecha, hasta resulta paradójico. De ningún modo iba a negarme a darle la bienvenida. Ejercíamos una convivencia magistral, todo un ejemplo para el resto. ¿De qué iba a servir asustarse por sus correteos en la oscuridad del pasillo cuando el reloj daba las doce? ¿Debía extrañarme por esos dibujos de formas rúnicas que hacía en el espejo del baño mientras que yo estaba duchándome? Serían cosas de su cuerpo anterior, asuntos de espiritistas, clarividencias que la gente mundana no comprende.

Mis horarios no variaron mucho. Si acaso, para que no medrara su ánimo la monumentalidad de mi piso, a veces la llevaba al laboratorio para que se entretuviera un poco mientras yo trajinaba con las autopsias. Una vez que el hogar nos acogía, a mí me resultaba extraño que el recuerdo de Isabel no me golpeará como en épocas anteriores. Antes lo único que me calmaba era la lectura de un libro encuadrado en géneros comerciales o la contemplación de los diplomas del pasillo. Cuando la mano vino a vivir conmigo dejé de interesarme por mis méritos —nunca llegué a contar los premios que recibí—, y los guardé todos en un armario.

Los lunes alquilábamos una película, preferentemente una comedia, y pasábamos a la luz de la lámpara del salón nuestras veladas. A la mano le desagradaban las policíacas: cada vez que el detective se entretenía

sopesando teorías en el escenario del crimen y algo de sangre se veía, aunque sólo fuera un mínimo charco o un agujero de bala, ella se encogía con una rigidez aterradora, cerraba el puño y se daba la vuelta hasta que la escena hubiera terminado. Imagino que esos cadáveres de la pantalla, desmadejados como trapos húmedos en la penumbra de un hotel de mala muerte, o aquella voz del asesino que instaba al inspector a correr y correr para llegar a tiempo, le recordaban a sombras vívidas, llenas de dolor, en las que no quería corretear otra vez.

Lo que puedo afirmar, sin lugar a dudas, es que aquella convivencia no adolecía de peleas inútiles que quizás, con un cuerpo completo, sí hubieran existido. Nos gustaban las mismas cosas, teníamos preferencia por el recogimiento y jamás surgía ningún tipo de problema sobre los menús, puesto que ella sólo se alimentaba de aire y agua fría. No diré que la mano era demasiado presuntuosa, pues mi cariño por ella supera los límites que me permitirían acusarla de algo —hacía mi vida algo más llevadera y eso era lo único que necesitaba—; aunque no puedo negar que le gustaba acicalarse. Cada dos semanas, ya al término de la cena, extendía la palma en la repisa y yo, erigido como estilista improvisado, escogía el mejor esmalte para sus uñas, se las repasaba con la lima —la del meñique a conciencia porque tomaba una forma más peligrosa que la de los otros dedos— y soplaba con delicadeza las limaduras que pudieran quedar. Ella exigía con su dedo índice que algo del presupuesto se fuera en abalorios, collares y otras joyas, y lo cierto es que no le valía cualquier tienda de mercadillo para adquirirlas. Gustaba de acicalarse para las cenas, y si éstas eran con velas y propiciaban un ambiente algo más romántico, siempre se ponía una pulsera de oro que yo le había regalado unos meses después de nuestro primer encuentro. Para compensarme, después solíamos jugar una partida de ajedrez. Digo yo que, por ese asunto de ser la mano de una espiritista reputada, siempre acababa ganándome.

Pasaron semanas, meses enteros, ya no quedaba ningún diploma colgado. Mi apartamento, al recibir todos los días los juegos y correteos de la mano por el pasillo, denotaba un vigoroso estado de salud. Puede que nuestra complicidad terminara por cambiar su ánimo. Una tarde empezó a esperarme apoyada en el alféizar de la ventana. Al llegar del hospital, solía verla encogida sobre las macetas de geranios. Y si alguien concibe que una mano pueda mirar al horizonte y volverse nostálgica, entenderá que su palma extendida, rodeada de flores y siempre al atardecer, estaba en comunión con ese sentimiento. Siempre que la llamaba podía tardar un poco en salir de su ensimismamiento y acercarse.

Poco a poco ella varió sus rutinas. Cambió el cuarto de invitados y que yo la arropara por acudir a mi habitación y escurrirse entre las

sábanas gélidas. Algo debía estar cambiando, es lo que me figuro: empezó a obcecarse en salir fuera a que nos diera un poco el aire, y se escondía en el bolsillo de mi gabán al cruzar la puerta. A veces, doña Rosa, la vecina, coincidía con nosotros en el ascensor. “Qué buen aspecto tiene usted, doctor”, decía. “Si parece que haya rejuvenecido diez años”. Y la mano, sabiéndose protagonista en mi cambio emocional, me daba palmaditas de afecto, y cuando doña Rosa no estaba mirando, me acariciaba el vientre desde el interior del bolsillo.

Luego solíamos acudir a un rincón del parque del barrio. Escogíamos aquel banco de piedra porque nadie miraba ni había niños. Especialmente, nos fijábamos en que no hubiera perros merodeando. Esto era por la simple razón de que los perros y su tendencia al juego irracional podría haber ocasionado que uno se fijara en ella y la confundiera con una pelota o algo parecido. Cualquiera sabe que eso, un perro correteando por un parque con una mano humana en la boca, habría ocasionado desmayos innecesarios entre los transeúntes. Al anochecer, seguíamos sentados en aquel lugar. Súbitamente, ella entrelazaba sus dedos con los míos. Yo le besaba las falanges con esas formalidades de caballero tan propias del siglo diecinueve. ¡Había tanto amor en esos besos! Recuerdo su lunar al inicio del meñique. Esa cicatriz blanca, enroscada como una cuerda, en la yema del pulgar... Demasiado hermosa.

Lo único que ocasionaba mis enfados era el asunto de Isabel. La mano no entendía que a mí me costara habituarme a no pronunciar el nombre de Isabel cuando estábamos juntos. Presuponía que era fácil no acordarse de ella, que en paz descansara. Se negaba a cenar conmigo si me descubría mirando alguna vieja foto de mi difunta mujer u ordenando sus antiguas cosas. Detestaba que hiciera eso. Podía notar su rencor, como si un dedo apuntara de manera acusadora al centro de mis intenciones. Era pronunciar su nombre por casualidad y ya cerraba el puño y se negaba a abrirlo en toda la noche. Después, yo me pasaba horas gritando al altillo, donde ella se había encaramado y se negaba a responder.

No quiero atreverme a decir esto, no es justo para la mano, pero en ese asunto parece que nunca nos entendimos. Fueron pasando los meses y comencé a descubrir que las fotos de los álbumes donde Isabel y yo nos abrazábamos estaban rotas, o que su cara estaba borrosa, tachada por una gran X de sangre. A veces, un olor a quemado emanaba del antiguo cuarto de matrimonio. Si me acercaba a investigar, la mano rápidamente salía de la habitación. Creía oír por la noche el sonido del retrete vaciándose, y por la mañana descubría que la antigua ropa de Isabel —sus camisas de invierno, un vestido que se ponía siempre en vacaciones— iba desapareciendo de los armarios. Faltaban anillos,

colgantes... Yo no quería pensar en aquello, pero me apenaba, claro que me apenaba. Significaba borrar cosas, aprender a olvidar. Eso nunca resulta fácil. Si quería tenerla en casa tendría que acostumbrarme. Por eso nunca me atreví a decirle nada. Así, a los dos años de vivir con ella tampoco quedaron en la casa recuerdos de Isabel —los había hecho desaparecer todos—. La mano pareció creer mis excusas cuando, una tarde de abril, le susurré entre los dedos que los había destruido. Odiaba mentirla, pero no podía hacer otra cosa. Y se quedaron guardados —ahí siguen— bajo llave, en un lugar donde nunca pudiera encontrarlos o, con el tiempo, yo mismo los olvidara del todo. Quizá no. Las cosas estaban así y era inútil tratar de enfrentarse a ella. Tenía una fuerza descomunal, sobre todo en el pulgar y en el índice; algo verdaderamente desproporcionado. Más de una vez, cuando después de la cena se ponía a jugar con una moneda gruesa, vi cómo la doblaba sin apenas esfuerzo. Aunque trataba de evitar esos pensamientos, no me costaba mucho imaginar que, si no le hacía caso, quizás una noche sus dedos húmedos se cerraran en torno a mi garganta, por sorpresa, con un crujido de huesos por todo mensaje. Dios mío, era sencillo al fin y al cabo. La mano se desvivía porque yo estuviera bien, y debo decir que yo la amaba, más y más, con cada segundo juntos. Ahora parecía que le gustara estar horas apuntándome con el índice, y si leía alguna novela ligera, se apostaba sobre mi regazo y a mi asentimiento pasaba la hoja. Además, estaba más mimosa que de costumbre: notaba las caricias por las noches justo cuando estaba a punto de caer en el delirio del sueño. Su dedo, recién acicalado por la lima, rozaba mis piernas, el hueco entre los dedos de mis propias manos, el vientre, los ojos, sí, mis ojos completamente cerrados y suspendidos en la oscuridad de la habitación. Era la calma de esa otra vida.

Por todas estas cosas —recuerdos hermosos, al fin y al cabo—, nuestro romance acabó llegando a un punto de inflexión, y debo decir que me alegro. Aquel día que pasamos por el centro de la ciudad supe definitivamente que no había marcha atrás en nuestra andadura juntos. Nos detuvimos en los puestos de flores del mercado y compramos varios ramos de diferentes especies: unos gladiolos irían bien para el salón. Los eligió ella desde la intimidad del bolsillo. Nos disponíamos a volver a casa, cuando por casualidad pasamos ante una concurrida joyería. La mano hizo una seña al rebasar el escaparate. Supuse que se había encaprichado de alguna pulsera o algún collar. Entramos y nos quedamos mirando. Había una señora que elegía un collar de perlas y con un caniche bajo el brazo, un niño chupando un caramelo, amarrado a su madre, una pareja joven y un hombre que paseaba la mirada por un montón de vitrinas y parecía terriblemente preocupado. La mano empezó a acariciarme dentro del bolsillo, tras apuntar con el

dedo hacia uno de los expositores. Yo me acerqué. Sentí que el estómago se me encogía.

—¿Estás segura? —le susurré, tras cerciorarme de que nadie nos miraba. Ella hizo la misma seña, instándome a que lo observara detenidamente.

—¿Estás completamente segura de que quieres ése? —repetí—. Es un poco caro.

Desde el interior de la chaqueta, me dio un puñetazo sentido.

—Vale, vale —dije; ahora me cubría con la manga al hablar con ella para que pareciera que tosía o me faltaba el aire—. No hace falta que te pongas así.

Había quedado un dependiente libre. Lo miré y le hice un gesto para que se acercara. Luego señalé el anillo.

—¿Es para un enlace? —preguntó, mientras introducía la llave en el panel y corría el cristal—. Éste es de oro blanco y con una incrustación de rubíes. Una excelente elección, si me permite que se lo diga.

Yo escruté el interior de mi bolsillo. La mano había tomado forma de garra, y me pareció que estaba rígida y me observaba atentamente, como si en cada una de las puntas de sus dedos habitara un ojo. El dependiente tampoco me quitaba la vista de encima.

—¿Y bien? —dijo aquel tipo.

Sentí las piernas heladas, a la mano tensándose en el hueco del abrigo, y sin darme cuenta ya había extendido los dedos y podía notar, despacio, cómo aquel hombre depositaba el anillo en el centro de la palma.





La niña suicida

de Paula Cifuentes

Sucedió hace mucho tiempo. Quiso saltar. Cayó en picado contra el asfalto y mi abuelo llora al recordarla. La llamaron de algún modo que ni recuerdo. Preferí recordarla como la niña sin nombre. Me dijeron que rezara. Que estaría en el cielo (y yo pensaba que si de verdad lo estuviera no habría acabado aplastada en el asfalto, bajo la ventana).

La niña sin nombre estaba muerta. Como mi perro Karl.

Lo mataron. Los perros no sufren, dijeron. Pero Karl gruñía profundo, como cuando estaba triste o se quedaba solo en casa. Tenía los ojos grises y le quedaban pocos dientes. Movía las orejas y yo le hablaba y él me entendía. Aunque me enseñara los encías y yo me riera de los pocos dientes que le quedaban. Lo hicieron por él, para que no sufriera. Pero el tío Andrés llevaba meses sufriendo en el hospital y nadie decía que era mejor matarlo. Preferían que muriera de viejo y de dolor. Me vestían de azul para ir a visitarlo. Mamá me colocaba un lazo en la cabeza y me regaba con colonia nenuco que resbalaba por encima de mis cejas y se me metía en los ojos y picaba. La habitación del tío tenía una ventana. Me asomaba a ella y me regañaban porque abajo sólo había un patio y debía de ser muy feo porque no querían que lo viera. Mamá me cogía y me llevaba donde el tío que me daba besos con olor a fluor, como el que la profesora nos daba los lunes para fortalecer los dientes, para que no se nos cayeran como les sucede a los perros. Me sentaban en su cama y él me decía: guapa, guapa y me acariciaba con esos huesos sin piel que eran sus brazos. Y yo le preguntaba a mamá: mamá, ¿se va a morir? Y ella: que no, que qué cosas dices hija, pero sus ojos tristes, se clavaban en su bolso y lo abría y empezaba a rebuscar cualquier cosa, como si tuviera mucha prisa.

Decían de mi hermana que siempre cantaba cuando estaba a solas. Era mi hermana pero yo no lo creía porque los adultos mienten y yo sabía que me querían engañar. Mi hermana, como ellos la llamaban, era un hada. Tenía los pies pequeños y las manos. Y cuando apareció (porque no nació, las hadas no nacen) venía ya llena de puntillas y de lazos.

Yo le busqué las alas pero no las tenía. Entonces pregunté a las monjas del colegio si las hadas tienen alas, porque ya no estaba muy segura. Y ellas me dijeron que no blasfemara. Pero cuando les pregunté si los

ángeles las tenían— que hablar de hadas es blasfemia, pero no hacerlo de ángeles— me dijeron que los ángeles son unos seres preciosísimos que son perfectos y que sí que tienen alas. Pero los ángeles caídos (que son lo que se tropezaron en el cielo y no encontraron una nube a la que agarrarse) no tienen por qué ya que se les rompieron, que las alas son unas cosas muy delicadas. Así que yo supuse que a mi hermana se le habían roto y que por eso no podía volver al lugar de donde era y tendría que quedarse para siempre con nosotros.

Cuando le pregunté a las monjas si mi hermana, la niña sin nombre, era un ángel caído me mandaron a confesarme y a lavarme la boca con jabón.

La niña tardó mucho en hablar. Y mis padres estaban preocupados. La sentaban en sus rodillas y le decían, pio pio, guau guau. Y claro, así no me extraña que no quisiera aprender porque para decir esas tonterías yo también me hubiera quedado callada. Se lo decía por las noches, que no se preocupara, que algún día papá y mamá aprenderían a hablar como las personas, que ya se sabe con los adultos. Y ella me miraba con sus ojos de hada y los guiñaba y estiraba sus dedos y yo sabía que me comprendía porque había leído en un libro que me regalaron los abuelos muy bonito que las hadas entienden cientos de idiomas.

Mi hermana me comprendía como lo hacía Karl.

Y un día empezó a cantar. Y mamá: mira mira. Y todos: ahhhhh. Y yo no me sorprendí y dijeron que le tenía envidia, porque no me alegré como ellos, no palmeteé, ni solté gorgoritos, ni dije que era la niña más lista del mundo. Yo sabía que si mi hermana no lo había hecho antes era porque no quería. Vaya cosa, dije. Y entonces decidieron que tenían que mandarme a clases extraescolares para que no sufriera cuando ellos hicieran caso al hada y la abrazaran y a mí no.

Fui a un señor que se llamaba psicólogo, que se empeñaba en que pintara y pintara.

Entonces Karl se puso malo y escupió los dientes que le quedaban y dijeron que se lo iban a llevar a curarlo pero yo sabía que me mentían porque mamá lloraba y papá tenía ese tono con el que quiere parecer serio cuando en realidad está triste.

Y el hada no cantaba porque las hadas son muy perceptivas y se daba cuenta de todo. Karl era consciente de que lo iban a matar porque bajaba los párpados y me empujaba la mano con su hocico y tenía el rabo entre las piernas, como cuando papá le regañaba por haber hecho alguna de las suyas, como ellos decían.

No volvió. Y yo lloré porque lo echaba de menos y mamá lloró porque decía que no me podía ver llorando. Y mi hermana no lloró porque las hadas no lloran. Pero papá sí, porque aunque los padres

tampoco lloren, de vez en cuando se les escapan algunas lágrimas porque se les ha metido una cosa en el ojo y no se la pueden sacar con los dedos.

Mi hermana empezó a andar. Se agarraba a las cosas y se caía y yo le decía cuando nos quedábamos solas que no hacía falta que disimulara porque sabía su secreto, pero que no se lo iba a decir a nadie porque los secretos no se cuentan, que Marta le contó a sus padres que le había cogido un lapiz a Silvia y ya no le volví a hablar. Mi hermana se reía, con su boca sin dientes, como la de Karl y aplaudía, porque era lo que hacía mamá cuando estaba muy contenta con cualquiera de sus adelantos. Yo le repetía que no hacía falta disimular cuando estuviera conmigo.

Cuando dibujaba el psicólogo me preguntaba miles de cosas. Me pedía que le contara lo del monstruo del armario, lo de la enfermedad del tío Andrés y lo de la muerte de Karl. Pero nunca le expliqué nada de las hadas. No quería que mi hermana se enfadase conmigo.

Mamá se empeñaba en vacunarla para que no cogiera enfermedades, pero las hadas no enferman y mi hermana gritaba cuando la ponían sobre la báscula y yo me tenía que callar porque si se lo hubiera intentado explicar a esa enfermera tan grande y tan fea, ya no hubiera sido un secreto y los secretos no se cuentan. Le metía la aguja en su piel y le inyectaba líquidos de colores y el hada la miraba deseando preguntarle por qué me haces esto.

Se cayó por la ventana del salón, que mamá había dejado abierta, (sin querer diría después, sin querer, sin querer, sus manos temblando, como cuando el hada aprendía a andar y no sabía a qué agarrarse). Y yo, que sabía su secreto, no me asusté. Al fin y al cabo las hadas llega un momento que tienen que volver al bosque con los gnomos y los elfos. Ella se cayó y yo no intenté agarrarla.

Y mi madre: tenías que haberla salvado. Eras su hermana mayor. Podías haberlo hecho.

Pero yo quería ver sus alas y no la salvé, no la agarré. La vi caer. Boca arriba. Lloraba. El vestido blanco que le había puesto mi madre, que se había manchado con el puré ondeaba y el hada caía.

Y no pude ver nada. El vestido le tapaba las alas.



Un contracuento italiano

Jenn Díaz

*Durante algún tiempo Ilaria tuvo miedo
de que volviera Napoleone, y había
pensado que si volvía lo cogería y lo llevaría
en taxi hasta un barrio lejano, al Eur
o a Villa Borghese, de manera que no pudiera
encontrar el camino de regreso a casa.*

Natalia Ginzburg

Ilaria se había subido al tejado, por la tarde, y medio anciana como estaba tenía miedo de bajar, pero Abriguito parecía que no tenía prisa, así que iba demorando el temor de caerse de allí mirándolo y diciéndole: gato bueno, Abriguito, gato bueno, tú me vas a ayudar a bajar de aquí. No sabía muy bien qué la había empujado a seguirle, aquella vez, de tantas veces como Abriguito subía al tejado, pero se sentía tan triste, y miraba tantas horas al gato. Y además últimamente, desde que estaba en celo, pasaba demasiado tiempo fuera de casa, y conseguía, estúpido gato, hacerla sentirse sola. Así que allí estaba, el sol casi poniéndose, Abriguito jugando con una teja partida, intentándola levantar con las patas (sin éxito). Como en una cita, apareció por allí Napoleone, el gato de la joyera. De nuevo Napoleone, tan enfadado como siempre, erizándose y provocando a Abriguito, que cuando lo veía se transformaba. Está bien, se dijo Ilaria, y se incorporó y le dijo a Abriguito que se estuviera tranquilo, que mamá (había cogido esa estúpida manía de nombrarse la madre del gato, ajena como era ella antes a todo aquel mundo de los animales y el amor que encierran) te va a ayudar esta vez. Napoleone le había atacado hacía dos semanas y Abriguito, herido y con algunos órganos internos magullados, había estado a punto de morir. Con la mala suerte que había tenido últimamente Ilaria con los gatos (por no mencionar el resto de cosas), no estaba dispuesta a que de nuevo Napoleone viniera a molestarlos, a turbar su pequeña (muy pequeña) parcela de paz. Medio anciana como estaba se levantó y cogió a Napoleone, que la arañaba sin que

ella, decidiendo mentalmente su plan, reparara en los zarpazos. Con el gato en brazos, y Abriguito persiguiéndola como si fuera un niño pequeño, Ilaria entró en casa, tomó el monedero, se lo puso debajo de la axila y salió a la calle a buscar un taxi. Antes le cerró la puerta a Abriguito y le dijo, acariciándole la cabeza, que ya estaba, que mamá (de nuevo aquella estúpida manía, debía dejar de decirle eso al gato) esta vez, se lo había prometido cuando estuvo tan malo, se lo había prometido, iba a ayudarle.

-Lo siento, señora, pero no acepto animales en el taxi. Mucho menos un gato, que soy alérgico -dijo el conductor.

-¿Entonces por qué ha parado, señor? Y disculpe el atrevimiento, no quiero pasar por una maleducada.

-Porque quizá podría hacerme una buena oferta, nunca se sabe -dijo él.

Y era verdad que nunca se sabía, asintió Ilaria, porque ella misma tenía un gato en las manos que no le pertenecía, y estaba dispuesta a llevarlo lejos, bien lejos, donde fuera, para que no atacara a Abriguito, que sólo hacía semanas que lo tenía y apenas había logrado quererlo como ella esperaba. De modo que se subió al taxi convencida de que la oferta sería irrechazable para aquel hombre. Bonito gato, dijo él, después de arrancar y darle al taxímetro un toque acostumbrado y ágil.

-Sinceramente, señor, no es necesario que sea amable ni gentil, ni siquiera educado. Este gato no es mío, no debe, de verdad le digo, ser amable con él.

-De acuerdo -dijo el conductor, preparando mentalmente una tanda de preguntas.

Ilaria dejó el gato a su lado, y Napoleone la miraba con una cara que, ella sospechaba, era la que le ponía a la joyera: era por eso que la joyera quería a ese animal, por esa cara como de persona, como que la miraba y entendía. En verdad los gatos entienden, dijo Ilaria al conductor.

-Napoleone sabe que lo voy a abandonar -dijo, pensando en alto-, y por eso me mira así. Nunca antes le vi estos ojos. Será por eso...

Pero se calló, porque sabía que estaba hablando más de la cuenta. El conductor le dijo que todavía no había dado ninguna dirección, ninguna aproximación del lugar donde querían ir, ella y el gato. Napoleone y usted, dijo. Ilaria detestó al hombre, que estaba humanizando a aquel dichoso gato asesino, llamándolo por su nombre. Chico listo. Pensó un momento en Abriguito, en cómo maullaba por las noches y se quedaba inmóvil después de haber sido atacado por Nápoli (que así lo llamaba la joyera; sin duda, por esa cara de hacía un momento). Miró al gato, que la observaba, y dijo, bajito: malo, gato malo. No

pensaba Ilaria que Napoleone tuviera esa cara y esos ojos, porque siempre lo veía enfadado, y siempre estaba Abruguito de por medio, y, sinceramente, eso la cegaba por completo, porque verdaderamente hacía de madre, a pesar de los prejuicios que había tenido siempre con las personas que trataban a sus animales domésticos como si fueran bebés.

-A Villa Borghese -dijo Ilaria.

El taxista dijo que él vivía muy cerca de allí. Ilaria reconoció que nunca había estado, y que además sólo pensaba ir una vez. Quería dejar allí a Napoleone y venirse. No sabía por qué estaba siendo tan sincera con aquel hombre, pero no podía remediarlo. Quizá saber que era alérgico a los gatos y que no aceptaba animales en su coche, no sé, le hacía pensar que no amaba demasiado ese mundo en el que ella se veía, irremediabilmente, inmersa. Pensó que no tenía necesidad, el hombre, de saber todos los detalles. De pronto supo que Nápoli y el conductor miraban de una manera parecida: él desde el retrovisor central, el gato desde el asiento de al lado. Napoleone se había quedado quietísimo desde que habían entrado al coche, y la miraba obsesivamente.

-En verdad los animales entienden -se decía.

Volvió a dirigirse a él, acercándose un poco, y dijo: muy malo. Se acordaba mucho de Abruguito. Pensó en qué pasaría si la joyera se enterara y lo cogiera a él y se lo llevara, también, lejos. Incluso más lejos de Villa Borghese. Se puso a llorar. El gato se acercó un poco y ella detestó aquella actitud melosa.

-En verdad sí -dijo el conductor, pensativo.

-¿En verdad qué?

-Que sí, señora, que los animales entienden. Mi primera mujer tenía un gato. No tenía nombre y no tenía necesidad de llamarle nunca, porque no se separaba de ella. Y sí la entendía, a ella. A mí no tanto.

Ilaria ya hacía rato que se había dado cuenta de que no era alérgico, porque no había mostrado en ningún momento señal alguna de alergia. No pensaba decirle nada al respecto. Pensó que las personas, en verdad, y aunque a veces parezca que no, también entienden. Se preguntaba si el gato había sido la causa de que su primera mujer ya no lo fuera, y estuvo largo rato pensando si el conductor tenía una segunda mujer o si, por el contrario, tenía ya la tercera o, quién sabe, la cuarta. O ninguna mujer. Nápoli (cuando no le daba miedo lo llamaba así, como la joyera) la seguía mirando; evitó sus ojos humanos mirando por la ventanilla. Había un poco de tráfico y Villa Borghese parecía que estaba todavía más lejos. No le preocupaba en absoluto lo que aquel viaje le costara, porque, sin que se diera cuenta, le había robado a Pietro un poco de dinero que, por supuesto, pensaba devolverle en cuanto pudiera; lo que

le preocupaba de veras era deshacerse de aquel animal cuanto antes. Napoleone apoyó una pata en su pierna, después la otra. Cuando Ilaria se giró, medio anciana, medio asustada como estaba, vio que se estaba estirando, de nuevo como si fuera una persona, y que estaba tumbándose a su lado, dejando caer parte de su peso sobre ella. ¿Haría eso también con la joyera? A lo mejor era la primera persona a la que se lo hacía. Abriguito era cariñoso, pero nunca había hecho eso. Malo, le dijo. Como convenciéndose a sí misma.

-¿Tiene hijos? -preguntó el conductor.

-Sí, una hija. Se llama Aurora.

-¿Le gustan los gatos, a ella? -pensó, por un momento, que Napoleone era de la tal Aurora, y que lo iba a abandonar como en una venganza familiar. No sabía por qué, pero se había convencido.

-Bueno, no es que no le gusten. Sí le gustan. Pero de una manera pasiva, ¿entiende? Yo creo que prefiere los perros. Los perros son muy pesados.

El conductor estaba de acuerdo, los perros son muy pesados, pero Ilaria no tenía demasiado claro si lo hacía por complacerla. Napoleone se había quedado dormido. Aprovechó para mirarlo detenidamente, ahora que no podían molestarle sus ojos de hombre: tenía una pequeña mancha en la barriga, de color negro, que contrastaba con las vetas marrones del resto del cuerpo, y tenía la barriga gorda, como si la tuviera llena de patatas; respiraba acompasadamente, la mancha se le hacía grande y pequeña, grande y pequeña; una oreja se le había quedado mal puesta sobre su pierna. Ilaria cogió la oreja con cuidado y se la colocó bien.

-Ahora pienso, ahora que Napoleone se ha quedado dormido, ahora pienso que en verdad no entienden nada, los gatos.

-Yo creo que sí, señora. Estoy convencido.

A su primera mujer el gato la entendía perfectamente. Era verdad que a él no le había entendido en todo el tiempo que había vivido con su primera mujer, pero no le cabía duda de que los gatos sí entienden. O al menos pueden elegir entender o no, y depende de la persona. Ilaria le habló de Abriguito: se lo habían traído en una caja de zapatos cuando todavía era pequeño. Cuando Aurora era pequeña lloraba todos los días porque se había encaprichado del perro de una niña del colegio. La madre de la niña llevaba al perro a la salida y él se abalanzaba sobre ella lamiéndole toda la cara. Ilaria estaba convencida de que Aurora lo que quería no era un perro, sino un hermano. Eso no se lo dijo al conductor, pero lo pensaba. Volvió a mirar por la ventana, con muchas ganas de llorar, porque se acordaba de que no podía comprarle un perro a Aurora, aunque pensara que son pesados, los perros, se lo habría comprado; acababa de quedarse viuda, y aquella

información le valía para justificarse casi de cualquier cosa de aquella época. Seguía siendo viuda, pero ya no pesaba tanto.

Se preguntaba por qué Napoleone aquel día atacó a Abriguito, por qué había intentado matarlo. Y por qué había subido al tejado otra vez, enfadado, hacía sólo algunos minutos. La culpa de que Nápoli no viera más a la joyera ni a nadie más era absolutamente suya. Estaba a punto de comentar todo aquello en voz alta. En ese momento, el conductor frena de golpe y el gato se cae en el hueco de los pies. Casi se salta un semáforo, lo siente. Ilaria había dejado de respirar unos segundos y estaba verdaderamente conmocionada por la caída de Nápoli. Lo coge y le pregunta si se ha hecho daño. El gato la mira fijamente, con lástima humana.

-¿Está bien? -pregunta el conductor, sudando.

-Eso parece.

Ilaria se coloca a Napoleone en la falda y pone las manos a los lados, sin tocarlo, sin una caricia. Pero ahí está. En sus piernas. Siente cómo va respirando. Al principio un poco agitado, del susto, y después más tranquilo. Pensaba en ese rato que la mancha de color negro que tiene en la barriga está en ese momento rozando su ropa, quizá dejándole pelos. Se preguntaba si al llegar a casa Abriguito lo notaría, que ha tenido a Napoleone encima. Se sentía una estúpida por pensar eso, y volvía a tener ganas de llorar. Desde que le habían traído a Abriguito en una caja no dejaba de sentirse tonta muchas veces; cuando cocinaba y le hablaba al gato y de pronto se daba cuenta de que se había marchado a jugar con alguna mosca, o cuando se despertaba en mitad de la noche y veía que Abriguito se había bajado de su cama y estaba tumbado en el suelo, o cuando iba por el mercado y alguien le preguntaba cómo estaba, como si se tratara de su hijo. De un hijo tonto, pensaba. Pietro pensaba que se había vuelto loca con todo aquel tema de los gatos, pero ella estaba convencida de que sólo se sentía un poco sola. A lo mejor todavía era una viuda reciente, a pesar de los años. A lo mejor influía que Aurora se hubiera ido a vivir a una casa de campo y tuviera tres perros a los que no les hacía demasiado caso. Decía que los animales agradecían eso, que los dejara libres, y que estaban muy sanos y hermosos. Se lo decía en las cartas. Ilaria se sentía menospreciada por aquello de los tres perros en libertad. Los perros son de un pesado terrible, pensaba, y además seguramente no entendían.

-¿Usted cree que los perros entienden, señor?

-¿Sinceramente? -dice el conductor, sudando todavía por el incidente.

-Por favor.

-Creo que los perros son pesados. Eso creo.

Villa Borghese no debía de estar ya muy lejos, pero el viaje se le estaba haciendo algo largo. Napoleone seguía sobre sus piernas y ella no era capaz siquiera de mover un pie que se le había quedado en mala posición y se le estaba quedando dormido. Parecía que era la primera vez que tenía un animal encima. Se dio cuenta de que así era. Desde que le habían traído a Abriguito no había sido capaz de pasar ni un solo minuto con el gato encima, sobre las piernas, acariciándole la barriga, las piernas, la cabeza. Cuando se le murió el primer gato, sólo unos días antes de que le trajeran aquella caja de zapatos donde estaba Abriguito todavía sin nombre, echó muchísimo de menos eso: no haberlo acariciado suficiente, porque le daba un poco de miedo y también un poco de asco. Se dijo que, cuando tuviera otro gato, lo tendría mucho más así, como estaba teniendo en esos momentos a Nápoli, pero acariciándolo, contándole cosas. De modo que Napoleone era el primer animal al que ella tenía, por así decirlo, en brazos. Movié un poco una mano... estaba temblando, y Napoleone la volvió a mirar, estando allí encima. Cerró los ojos y pensó que era Abriguito a quien tenía encima. Le acarició un poco el lomo, la cabeza, le hizo cosquillas en las orejas. Cuando acabó, dejó una mano apoyada ahí, sobre el gato. Napoleone ronroneó y movió la cabeza y un poco la cola.

-No sé si los gatos entienden. Pero éste, desde luego, sí.

Quitó las manos de ahí, porque en ningún momento había logrado convencerse de que era Abriguito. Se sentía, de pronto, tan incómoda. Con muchas ganas de llegar a Villa Borghese y perder de vista para siempre a aquel conductor y a aquel gato que miraban tan parecido. Creyó que de aquellas caricias Napoleone había interpretado que ya no iba a abandonarle, así que lo cogió y lo dejó a un lado, en el asiento. Para que entendiera que nada había cambiado.

-Por favor, vaya un poco más despacio. No importa el dinero. He vuelto a dejar al gato en el asiento, no quisiera que...

-No sabía que lo tenía encima -dijo el conductor.

-Pues ya ve...

Estaban ya llegando. Lo sabía por un cartel que había leído, y porque el conductor iba mirando a un lado y a otro como buscando una dirección. Quizá había decidido dónde dejar a Napoleone, puesto que ella nunca había estado en Villa Borghese y no tenía ni idea de cuál sería el mejor sitio. Ella sólo quería que Abriguito estuviera a salvo.

Decidió en ese momento que volvería a casa en autobús. No sabía cuánto podría tardar, pero no importaba. En casa ya sólo le esperaba el gato. Pietro se iba a casar por la iglesia y estaba con su prometida eligiendo el vestido. Le había advertido sobre la mala suerte de que el novio viera el vestido antes de la boda, pero pensaba que igualmente las cosas no les iban a ir bien.

Cuando llegaron por fin a Villa Borghese, Ilaria se bajó del taxi y le hizo una señal a Napoleone para que bajara él también. Napoleone se lo pensó, pero finalmente dio un salto desde el asiento de atrás y se quedó a sus pies, mirándola. Aquellos ojos. Dichosos ojos. Ilaria metió la cabeza en el coche, desde la puerta abierta de atrás, para pagarle al conductor. Desde hacía un rato iba barajando la posibilidad de que aquel hombre, que por supuesto no era alérgico a los gatos y se había olvidado ya de la oferta irrechazable de Ilaria, se quedara con Nápoli. A lo mejor no era tan malo, el gato. Pero le daba vergüenza. No sabía siquiera su nombre, ni si trataría bien a Napoleone. No sabía nada. Prefirió dejar a Napoleone suelto. A lo mejor Aurora tenía razón y los animales agradecen la libertad. Se dio cuenta de que a ella la libertad no le servía absolutamente para nada, y que a lo mejor a los gatos tampoco. Pagó. Le dio las gracias sinceramente. Le dijo que cogería un autobús para volver a casa, que si sabía dónde encontrar la parada. El hombre le indicó, y le dijo que, si quería, podría llevarla de vuelta. No hará falta que me pague, le dijo. Pero Ilaria contestó que le apetecía estar sola. A veces me pasa, dijo, como justificándose. El conductor dijo que a él también le pasaba algunas veces. Se despidieron estrechándose las manos con fuerza. La ventanilla del taxi empezó a subirse despacio, mientras el conductor fingía indiferencia ante aquella despedida. Ilaria miró a Napoleone por última vez y le pareció que se iba a echar a llorar. Con lágrimas, como una persona. Se acordó de Abriguito y también de la joyera, de las ganas de Aurora de tener un hermano, o un perro. Le pidió al conductor que volviera a bajar la ventanilla.

-Señor, quizá usted... podría... Se me ocurre que...

-Sí, desde luego. Quizá a la Rirí le guste.

-¿Quién es la Rirí? ¿Su hija?

-Mi mujer. La tercera.



La parte más caliente

de Juan Soto Ivars

1.

Eran los días en que el trabajo no nos había tocado. Los días en que conocíamos íntimamente al verano y él nos permitía pasear sobre su espalda. La vida era para nosotros ir y venir por las calles conocidas, apacentar el aburrimiento en los descampados que rodeaban al pueblo y fantasear con las chicas: criaturas incomprensibles y deseadas que nos ignoraban como a mendigos pedigüenos. Recibían a cambio nuestras respuestas iracundas e ingeniosas. Nuestras pedradas cargadas de amor.

El pueblo era pequeño pero las diferencias entre los habitantes estaban muy marcadas: estábamos nosotros y aquellos a los que más fácilmente podíamos asustar.

Yo vivía con mi familia en un bloque de viviendas baratas junto a las vías del tren. Innumerables días de mi infancia esperé con algunos más como yo a que pasase el mercancías cargado de vagones de madera y tanques de gas butano. Algunas veces hacíamos apuestas sobre el número de vagones que llevaría el tren. Nos jugábamos dinero o cromos de fútbol. Otras nos divertíamos colocando enormes piedras en los raíles. Piedras redondas que estallaban al ser aplastadas por las ruedas metálicas y que poníamos allí con la esperanza de hacer descarrilar el convoy. Supongo que aspirábamos a provocar algo en aquellos años de tedio. Algo que nunca logramos.

Las noches eran todas para beber. Cuando podíamos, fumábamos algún porro o tomábamos alguna raya de cocaína. Éramos siempre los últimos en dormir y los últimos en despertar, como si el día ya nos resultase odioso en sueños y lo retrasásemos todo lo posible con largas noches callejeras. Debíamos tener trece o catorce, excepto Paco, que era algo más pequeño.

Fue aquel el verano que recuerdo, el verano que no he podido borrar de mi memoria.

Mis padres, cuando mi hermano fue teniendo la edad para empezar, lo mandaron a vivir con nuestros tíos. No querían que viniera conmigo, yo lo sabía aunque no me dijeran nada ni trataran de corregirme. Después me escapé de casa y ahora no sé si mis padres están vivos o muertos. A mi hermano lo vi hace poco.

Se ha quedado calvo.

2.

Ese verano que recuerdo es el los catorce. El único que puedo rememorar aislado de los otros. Lo que sucedió supuso para mí un cambio. Aún hoy no sé decir qué cambio fue ése, qué hubiera sido de mí sin aquella circunstancia o qué sería si las cosas se hubieran desarrollado de otra forma distinta a partir de ahí.

La historia de ese verano empieza por casualidad o por una aspiración ya olvidada: los chicos y yo elegíamos los lugares para beber en función de no sé qué apetencias. Cada tres o cuatro noches, por alguna razón, nos íbamos a otro portal, a otro descampado, a otra plaza. Esquinazos al aburrimiento en un mapa de pocas esquinas. El silencio nocturno sólo se veía roto por alguna televisión que traspasaba la ventana abierta de una casa y por nuestra risa, tan estridente que despertaba a los vecinos.

Aquellos días habíamos elegido una casa en particular, distinta a las demás, con una diferencia que todos conocíamos aunque no comprendiéramos del todo. Era la casa del escritor, un viejo malhumorado a quien era raro ver por la calle y que, cuando salía, lo hacía acompañado de una mujer igualmente vieja y desagradable. Todos conocíamos su nombre (el mismo nombre que tiene hoy la escuela) pero ninguno había leído nada de él.

Es posible que fuera yo quien se empeñó en ir a beber en su portal o puede que fuera casualidad.

Recuerdo los nervios de la primera noche.

Cuando alguien del pueblo volvía después de haber vivido en otro sitio encontraba recelo. Como si viajar fuera adelantarse en una película y la gente que no viaja temiera que le destripasen el final, o que hicieran alguna burla con la ignorancia de los demás. El escritor había vivido siempre fuera y no fue hasta que estuvo muy viejo que quiso volver al pueblo para tranquilizarse. Pero nosotros, los chicos, estábamos allí para impedirlo.

El primer día que fuimos allí a beber salió a la ventana del primer piso su compañera. Estaba despeinada y nos gritó que no eran horas. Nosotros nos reímos a carcajadas que la enfurecieron, pero aquellas eran risotadas torpes porque no sabíamos qué responderle.

Estuvimos hasta muy tarde y no volvimos a verla a ella ni al hombre. Cuando nos aburrimos y nos fuimos a casa, yo miré atrás y vi cómo la luz en la ventana del primer piso se apagaba.

A la noche siguiente volvimos. Después de un rato de contar chistes y armar jaleo fue el hombre quien apareció, y no precisamente en la ventana. La puerta de la casa se abrió y vimos al viejo. Se nos acercó muy tranquilo, sin decir nada. Yo miré al suelo tarareando. Alguno hizo una broma que no conseguí escuchar y me reí a carcajadas, como los otros.

Podía sentir al hombre parado ante nosotros, inspeccionándonos uno por uno. Levanté los ojos para descubrir que aquella no era una forma de mirar en absoluto provocadora. Poco a poco nos callamos y nos quedamos observándole todo lo desafiantes que pudimos. Él sonreía y asentía sin decir nada. Lleno de desprecio hasta el arco bonachón de las cejas.

Dijo: anoche mi hermana os pidió que no hicierais tanto ruido.

Antonio era el más valiente. Le soltó:

¿Es que no os dejábamos follar tranquilos?

Y todos nos reímos muy fuerte, y yo me reía furioso sin saber por qué.

Pero el hombre se rió también y siguió hablando:

Mi hermana tiene el sueño muy ligero, y yo trabajo por la noche.

Antonio bramó:

¡Trabajar de noche! ¡Y nosotros creíamos que eras rico!

Y todos nos reímos y algunos hicieron gestos, y Manuel le pidió dinero y todos nos reímos pero yo me quedé mirándolo, y sus ojos parecían haberlo visto todo antes de que naciéramos y no se asustaban. Esa mirada me entristeció. De alguna forma. No sé.

Como soy rico, repuso tranquilamente, os voy a proponer un trato. Yo os doy un poco de dinero, y vosotros os vais. Mañana haréis lo mismo, así que os dejaré el dinero en el portal. Lo recogéis y os vais donde yo no pueda oíros. ¿Os parece bien?

Nos habíamos quedado pasmados, Antonio tenía la boca abierta, él, el más lanzado no encontraba nada que decir. Fue Tomás quien se levantó y dio un apretón de manos al viejo.

¡Trato hecho!, exclamó, y todos hicimos mucho ruido para demostrar que estábamos de acuerdo. Y que estábamos contentos. Pero esa alegría no se imprimió en el viejo, y esto me hizo sentir más abatido. Sentí frío y pena y vértigo, una sensación desconocida me sacudió en silencio y se quedó ahí.

En este momento miro a mis amigos pero no me atrevo a mirar al viejo. La situación me parece desesperantemente larga.

Pero todo sigue su curso. El hombre nos dio dinero y nos marchamos, jaleándonos, echando carreras. Recuerdo que nos pareció muchísimo dinero. A aquellas horas no teníamos dónde gastarlo. Nos reíamos y nos frotábamos las manos porque íbamos a ser ricos. Y todo eran bromas desde ese día a costa del viejo y nuestra forma de tomarle el pelo mientras él seguía, cada noche, poniendo algo de dinero en la puerta de su casa.

3.

Fue un verano infernal. Por el calor y por lo mal que me sentía. Saber que ese hombre trabajaba de noche me había impresionado. Lo imaginaba largas horas encorvado sobre la mesa y cuando recogíamos el dinero (que siempre estaba allí esperándonos) sabía que él escuchaba nuestros pasos llegar por la calle e interrumpía su tarea hasta asegurarse que estábamos bien lejos.

También yo escribía entonces.

No recuerdo qué temas trataban las historias y poemas que yo escribía. Tampoco sé cuándo empecé ni por qué me dio por ahí. Recuerdo, eso sí, que durante aquel verano fue lo más importante de mi vida. Más importante, al menos, que las chicas.

El dinero que nos daba el viejo lo gastábamos al día siguiente comprando porros. El camello era un chico mayor que nosotros que sólo dejaba a Antonio acercarse a su guarida. Esto nos enfurecía, porque daba alas a que Antonio nos ocultase lo que, según él, eran las noticias más importantes de aquel de pueblo sin vida. Con el paso de las semanas, el camello había alcanzado la posición de líder revolucionario en nuestras cabezas. No recuerdo, por más que lo intento, cuál era su nombre. Antonio permanecía siempre mucho rato en su casa, de donde salía con expresión recelosa de iluminado. Echaba a andar delante de nosotros sin permitirnos que nos acercásemos, como si pudiéramos desbaratar con nuestra conversación los importantes asuntos sobre el futuro que el camello había compartido con él. El camello creo que se llamaba Rubén.

Aquello me daba la rabia necesaria para escribir. Llenar el papel se convirtió en poco tiempo en un acto de rebeldía contra el poder de Antonio y la importancia de sus asuntos. Él sería un líder de la conspiración, pero yo estaba creando algo inmenso: una luz que trepaba por las paredes de mi cuarto mientras mi hermano dormía, inmortal, absoluta y titánica como la del sol. Pero de igual forma que Antonio tenía al camello y su aceptación para afianzarse en su papel de emisario entre el mundo y la Revolución, yo necesitaba también mi reconocimiento. Fue entonces cuando empecé a darle vueltas a la forma de hacerle llegar al escritor mis historias.

Naturalmente los demás no podían saberlo. Yo les ocultaba todo. Pasaba el día tomando notas y por la tarde me encerraba en la habitación para copiar las mejores en todo el papel que podía conseguir: cuadernos míos y de mi hermano a los que habían quedado páginas en blanco durante el curso, cartas del banco y la Telefónica que mi madre tiraba sin abrir a la basura. También era preciso ocultar aquel asunto a mis padres.

En esos días empecé a sentir aquel dinero que nos daba el viejo como un peso doloroso. Era la prueba tangible y concreta de que lo

único que deseaba el escritor era mantener lejos a aquellas fierecillas molestas que éramos nosotros. Eso era yo también para él. Pero el viejo aprendería que yo no era como los demás.

Me sentía seguro de mí mismo y al momento siguiente amenazado y frágil. Por las noches, mientras mis amigos y yo nos carcajeábamos por cualquier asunto y fumábamos un porro detrás de otro, echaba un vistazo a la zona en la que vivía el escritor, tratando de imaginar cómo construía él historias mientras yo perdía el tiempo.

Un día me herí la pierna con un hierro oxidado para coger el tétanos y tener una excusa para quedarme en casa durante la noche. El corte sanó enseguida sin llegar siquiera a infectarse.

4.

Mi ánimo estaba tan encendido como arruinado. Peleé con mi hermano y lo machaqué. Anduve castigado en casa sin dejar de buscar en mi cabeza la forma de acercarme al escritor. De alguna forma, había llegado el momento de dar la cara.

El verano iba apagándose en la caldera hirviente del cielo. Poco a poco, sin que nos hubiéramos dado cuenta, la noche se anticipaba. También sentíamos ya el cansancio de un verano largo, como la piedra tostada, como el hilo moribundo de la fuente que chorreaba en la plaza.

Yo releía compulsivamente mis creaciones tratando de mejorarlas antes de que terminase el plazo imaginario que me había impuesto y que no tenía fecha concreta. Era la prisa y la desesperación de no poder terminar a tiempo, y el desprecio convertido en odio hacia mis amigos, que me impedían sin darse cuenta realizar la misión que se me había metido en la cabeza.

Entonces, una tarde, lo veo aparecer por la calle en compañía de la vieja. Les sigo sin que se den cuenta. Caminan despacio, sin mirar a nadie. Se sientan en un banco y, mientras él lee un periódico, ella come pipas que va sacando de una bolsa con su pequeña mano de foca. He imaginado el encuentro millones de veces y puedo volver a hacerlo en esos momentos decisivos. Él bajará el periódico para mirarme y yo arrancaré a hablar con la única persona del mundo capaz de salvar mi vida. Pero cuando me paro delante de él, sigue leyendo. Escucho a la mujer comer pipas ruidosamente, cáscaras partiéndose entre sus dientes y yendo al suelo envueltas en una cápsula de saliva.

Una fuerza invisible me paralizaba, parecía habernos congelado a los tres y nada cambiaba mientras mi corazón pedía a gritos un gesto.

Finalmente el hombre levanta los ojos del periódico y me reconoce.
¿No tenéis suficiente? ¿Vienes a por más?

Sé que no debo hundirme. Quiero decirle que no soy como ellos. Quiero que sepa que soy como él.

Pero las lágrimas avisan su avalancha en la garganta. No me atrevo a moverme y siento una necesidad implacable de pedir perdón.

¿Qué te pasa, chaval?

Sus ojos helados en mitad de la plaza. La mujer ha dejado de comer y se hurga los dientes con un trozo de cáscara de pipa. Oigo mi propio pulso dentro del oído. Quiero pedir perdón. Quiero echarme a llorar en sus brazos. Quiero morirme así, llorando, llorando hasta morir.

El viejo se levantó y dejó el periódico sobre las piernas de ella. Extrajo algo de su bolsillo y me lo puso en la mano. Sin mirarme siquiera, le dijo a ella:

Como ves, ya ni siquiera necesitan hablar para sacarme los cuartos.

Sin darme cuenta había empezado a insultar a la vieja, y le di una patada en las manos que hizo volar la bolsa de pipas. Una patada con todas mis fuerzas. El hombre gritó algo pero no fue detrás de mí. Quizás se quedó con ella. Examinándole las manos gruesas y cortas. Las manos justamente doloridas.

Yo corría como si hubieran soltado a los perros. Llegué a la acequia. En la mano, la moneda que me dio el viejo dolía: tan fuerte la apretaba. Tiré todos mis escritos al agua y si no me tiré yo detrás, fue porque siempre he sido un cobarde. Porque ni siquiera pude decirle al viejo lo que había querido decirle.

Aquel año empecé a trabajar. El verano siguiente fue ya como todos durante el resto de en mi vida. La parte más caliente del año. No recuerdo en qué gasté la moneda, no recuerdo si la gasté. No sé de cuánto dinero era esa moneda.



Colla





Aladino y los flips del palo en Rawalistán sobre su mágica patineta

de Antonio J. Rodríguez

Ésta es la mierda. Corre una tarde aún medioveraniega de octubre, y a modo de diadema se sirve de unos ajustados auriculares dentro de los cuales Lauryn Hill está aullando con su afromegáfono: «Es divertido cómo el dinero cambia las situaciones», y etcétera. Junto al MACBA, Mahad-Yazdán, de 19 años, masca un chicle atento al escaparate de una tienda de pasteles mientras ostentosamente cuenta los billetes en la cartera. Podría parecer que lleva un rollito como chungo y peligroso, pero en realidad es tan auténtico como Michael Bolton cantando rap en su coche de camino al trabajo en Office Space. Acaba de dar por concluido su sueño de convertirse en patinador tras tantos errados intentos desde que con un sobrepeso demoledor se subiese a su primera tabla a los 13, tronchándola nada más poner su primer pie en ella, como si la tabla hubiese sido construida con cerillas o mondadientes, para risas de sus compañeros de instituto, que todo el rato le preguntaban a cuántos aborígenes se había comido, creyendo que en Irán se practicaba el canibalismo.

Mahad-Yazdán viene de vender su última adquisición por cincuenta pavos. Mahad-Yazdán, con una camiseta de Malcolm X tiznada de naranja, entra a la pastelería y se compra un merengue con forma de caca de cartoon, terminado en una voluta, ya sabéis, y luego se dirige a la plaza para hacer tiempo mientras llegan sus hermanos. Mientras espera observando a los patinadores, sus carótidas se ponen gordas de pensar en cómo estos blancatas han adoptado el lenguaje no verbal de los negros, que los blancos son los nuevos negros, y que los iraníes de tez marrón como él son el nuevo apartheid cuyo único aporte a esta ciudad son los shawarmas y demás movidas grasosas. Nunca se ha resignado a ser un gordo comepollo de un país en vías de extinción, que era como le llamaban sus compañeros de instituto, cuando en realidad querían decir país subdesarrollado. Ésta es la verdad.

Dando vueltas por la plaza se encuentra a una compañera de clase sentada sobre un pequenyo muro y acompañada de su pandilla de amigas, que siguen el ritual patriarcal de comer pipas en la plaza del MACBA, como halcones que aguardan flotando en el aire a la espera de arrebatarse su comida de las garras de los adversarios. Palmira lleva

puesto un holgado jersey de varón rollo vintage anyos ochenta con el dibujito de un lémur pixelado y tejido con lana, bluyins ajustados, gafas oscuras rollo John Lennon, y el pelo dorado cubierto por un gorro de montanya. Mahad-Yazdán la saluda infructuosamente, pues Palmira no ha reparado jamás en él durante las clases de economía aplicada, o si lo ha hecho no desea que nadie lo asocie con el caníbal zampashawarmas. Con todo, él decide sentarse a escasos metros de Palmira sobre el murete. Por allí anda Alejo Claramunt.

Alejo Claramunt trabaja en una tienda de tablas y ropa ancha y todo el mundo flipa cuando se pone a hacer flips y movidas con la patineta. Poco a poco, la gente del MACBA suelta sus rudimentarios vehículos de cuatro ruedas para ver a Claramunt en acción. Porque Claramunt hace que a los ninyos les brillen los ojos y a las mqmfs se les electrocute la permanente o se le ricen las cerdas de su cráneo como a una estrella de soul.

Pero eso es hasta que en un mal giro el patinador cae en posición de misionero sobre el cuerpo de Palmira, y la tabla sale disparada hacia el jeto de Mahad-Yazdán, de manera que el merengue que devora se le estampa en la cara como aquella vieja animación cinemática del payaso cometartazos, y el susto hace que pierda el equilibrio sobre el muro y caiga hasta el cemento a un metro y pico de altura.

Mahad-Yazdán no se rompe ningún hueso. Su cuerpo está ileso. Pero un siniestro silencio se hace en el MACBA, y a lo lejos algunas carcajadas empiezan a tronar; la vida de Mahad-Yazdán se funde entonces en gris con esa pantalla de merengue empanyando sus ojos, y piensa: «Ahora vais a flipar pero bien».

—Para entender las líricas de Mu hay que vivir en Barna —dice Alejo Claramunt, pronunciando ésta última palabra en slow-mo, haciendo vibrar sus carnosos labios con tal intensidad que en ese instante fugaz las interlocutoras acaban por preguntarse si precisan visitar a su nefrólogo de confianza, o qué. Porque Alejo Claramunt es la clase de persona que tiene pases VIP en espectáculos del ex Siete, y cuya existencia cobra sentido dando vueltas con la patineta entre la Barceloneta y Colón, cuando no zigzagueando por los rincones del barrio, vestido con una sempiterna camisa de lenyador de \$79. Si os dicen que el Raval es negro o que aquí abundan las busconas y rufianes y toda esa cosa gangsteril de telediario, mienten. Alejo Claramunt significa el éxito social entre la juvenalia del lugar, y todo el mundo sabe que la patineta, pese a sus guinyos a la streetwear gorda y los pantalones duros rollo Volcom y así, marcas antes utilizadas por obreros fabriles gracias a su resistencia y dureza frente a los contratiempos, en verdad es una movida increíblemente blancata y cara de verdad. Como el snowboard. ¿Y quién practica snowboard? Oíd esta palabra:

snowboard. Se os llena la boca de fresca nieve si la pronuncias bien; si estáis fuera de onda, si vais de wannabes como Mahad-Yazdán, es como si mascaseis mierda. Saborear nieve fresca, mascar mierda. Esa es la diferencia. Pero Alejo Claramunt no es ningún wannabe. Él lleva los pantalones Volcom muy bien puestos por el barrio. Tanto es así que lo llaman Aladino. Aladino porque su patineta no tiene ruedas. Tiene alas como los pollos: Alejo Claramunt, dice Mucho, os da más vueltas que un pollo al ast. Alejo Claramunt, Palmira lo sabe, es lo más. Y por eso, en lugar de enojarse cuando sus globos sirven de colchón al cráneo de Aladino, lo que hace es invitarlo a su fiesta de la cerveza en su piso compartido con estudiantes de muchas nacionalidades y tres continentes, donde más pertinente es hablar asiáticas lenguas que catalá, em seguiu, xavals?, benvinguts al Rawalistán.

Lo que ocurre entre Alejo Claramunt y Palmira debe explicarse a través de la parábola del culo y las tetas. Pero antes de eso hay que decir que Palmira es la clase de estudiante de intercambio que empezó a fantasear con la idea de residir en la ciudad más low fi de Barna tras el doble visionado de Vicky Cristina y Una casa de locos, y que si bien es verdad que a Palmira le iban más los artistas de patillas bandoleras y unyas extralargas para puntear guitarras espanyolas, en sus primeros días del fin de verano en Barna, antes de comenzar sus clases de economía, se dejó seducir por otros guiris mayores que ella que conocía en páginas de Internet, y que la invitaban a lúgubres tabernas irlandesas o a falsos restaurantes étnicos, y que el mal rollo llegó cuando una noche un guarda urbano la multó por beber birra en la Plaza Real. Resignada y después de comprobar el fiasco del spot del de Niu Yor Siri, Palmira se encogió de hombros y empezó a vivir su experiencia barcelonesa con aquellos multiculturales companyeros de piso, festejando keggers rodeada siempre por su pandilla de it girls y pomposos maricas que pasan las tardes del viernes viendo patinadores en la plaza del MACBA, y luego soplan didgeridoo. Pero tampoco.

A las chicas les gustan los culos de los chicos, y a los chicos les gustan las tetas de las chicas, pero la yuxtaposición de órganos erógenos no tiene por qué dar como resultado un sexo brillante. ¿Y qué ocurre cuando una it girl como Palmira menea sus balones contra el culo de Alejo? Absolutamente nada. Y algo parecido es lo que Alejo Claramunt siente mientras se hace a Palmira sobre el futón. En lugar de estar gastando sus calorías contra la grupi, preferiría seguir fumando yerba con sus amigas mientras escuchan Digitalism, o incluso durmiendo en su propia casa, es lo que piensa mientras lo está petando.

¿Pero qué ocurre esa tarde con Mahad-Yazdán? Mahad-Yazdán suspende su encuentro con sus hermanos y enfila fuera de la cuadrada plaza concreta del MACBA, limpiándose el merengazo con la palma

de la mano y lamiéndolo después libidinosamente. Mandibuleando. Claramunt no lo sabe, pero ésta es la segunda vez esta semana que humilla al iraní de acromegálica cabeza à la Lovecraft; la primera tuvo lugar cuando paseaba por una rambla, y Aladino Alejo, acompañado de una chica, le siseó muy educadamente para pedirle una birra sexi. Aunque entonces nadie asiste a la humillación, Mahad-Yazdán se disculpa muy educadamente diciendo que él no pasa birras, pero en cuanto Claramunt se aleja en dirección a otro latero, el iraní le reprende con insultos racistas.

Lo que Alejo Claramunt no podría imaginar es que Mahad-Yazdán vive arriba de la Diagonal, cerca de Travessera de Gràcia, en una especie de palacete mucho mayor que el piso compartido de Palmira, rodeado de lujo, ostentación, una bodega de botellas de cava denominación de origen que la caucásica criada emplea para banyarlo una vez a la semana antes del consuetudinario masaje de pies, paredes forradas de oro y gatos de angora.

Su padre —que siempre va por el barrio con una chaqueta de cuello nehru, turbante, camisa blanca y la mano ensortijada de gordísimos anillos de oro, anillos que valen más que vuestras vidas— no está montado en el oro negro, pero casi. El padre de Mahad-Yazdán es el propietario de la mayor franquicia de döner kebabs de toda Catalunya, responsable de la alimentación de cientos de miles de jóvenes catalanes y guiris, el puto rey Midas del colesterol. Todo lo que toca con sus manos grasosas se convierte en riales iraníes. Él es el hombre que va a arruinar a esos hamburgueseros yanquis de mieceerda, dice. Alguien que sabe muy bien que la guerra de Irak no fue por petróleo, fue por el anarquismo empresarial con el que los turcos y sus vecinos se comían al payaso amarillo, invadiendo países cruzados que caían desarmados ante el esplendor de una Jerusalén mahometana en llamas. Pero Mahad-Yazdán, que en algún momento de su vida decide rebelarse contra el imperio familiar, aunque aceptase los imperativos de su padre que le conminaban a estudiar economía, quiere hacer lo suyo.

Quiere hacer su mierda.

Esto no significa que cuando Mahad-Yazdán se mire en el espejo al salir del banyo de cava mientras la caucásica criada le pone la bata de guatiné no vea \$\$ en sus pupilas. La movida es que Mahad-Yazdán, a diferencia de su padre, ha nacido en Europa, y eso significa que la opulencia que rodea su vivienda, su madre y sus otras nueve madras tras cubiertas de un velo, le hacen sentir vacío.

Vacío significa que lo que a él le gustaría ver son cachas y muslos prietos caucásicos rebozados en aceite de carne de dürum. Haciendo clap, clap.

Clap. Clap.

Y aunque ahora nadie sospecha de él, Mahad-Yazdán tiene la llave para entrar en el paraíso en la tierra, se dice para sí antes de guarecerse en su despacho lleno de iMacs y diseños que empapelan las paredes, porque ahora ya faltan escasos días para que su sueño se cumpla.

Entre tanto, Alejo Claramunt, que carece de toda educación afectiva como así ocurre con gente como él, que todo lo ha obtenido sin demasiado esfuerzo, empieza a notar como la relación con su chica (no Palmira, sino su chica, su pava, su pollita, la mujer con la que dice querer tener hijos) atraviesa un terreno sinuoso, algo que bien podría salvar si de una tabla se tratase, pero su chica no es una tabla, y alguien tan ocupado en su tienda de rudimentarios vehículos de cuatro ruedas y streetwear carece del tiempo que los flirteos ocasionales requieren. La lógica le lleva a pensar que Palmira podría servirle como provisional salvación, pero después de dos citas, en una de las cuales se deja olvidado junto al futón su anillo de prometido, desaparece. Claramunt vuelve con su chica y la pandilla de gafotas con una tiesa risa en el jeto por culpa de la bofetada verde.

Pasan los días.

Sumido en su tristeza, Alejo Claramunt cabecea a primera hora de la mañana en su tienda de tablas en la plaza Vicenç Martorell auténticos pepinos del rap sueco cuando un agente comercial de una nueva marca de ropa gorda aterriza para camelarle de que compre su mierda, que actualmente es la mejor mierda del mercado. Claramunt se agarra el mentón mientras el comercial desprecinta unas cajas en donde hay tablas y camisetas con stencils de un iraní recibiendo un merengazo impreso como logo. Como le parece divertido, compra todo el stock del comercial, y a lo largo de la mañana su tienda se le empieza a llenar de ninyos arios y adolescentes que esperan a que comience la temporada de snowboard en Andorra. Según pasan las horas, los ánimos de Claramunt despegan mientras su caja registradora se llena de dólares y de panoja. Pero eso es hasta que, en un momento en que el estrés le lleva a dejar la tienda sin nadie al cargo, decide salir a hacer un piti. El piti, sin embargo, se le cae de la boca boquiabierto y batiente cuando ve frente a la tienda a Palmira sentada en una terraza, riendo muy fuerte con alguien. ¿Y quién es ese alguien? Pues es el hijo de puta con suerte de Mahad-Yazdán, que ahora se presenta al mundo como la versión paki del gordo de D12. Con la cara llena de papada y la calva afeitada coronada por un gorro de ducha, lamiendo piruleta. Del cuello le cuelga una cadena de oro en la que brilla una reproducción de diez centímetros de la Virgen de Guadalupe bañada en oro. Tiene las manos cruzadas a la altura de la genitalia. Pero en un momento despega una de ellas para saludar a Aladino. Alejo Claramunt maldice esa característica y brillante sonrisa en la cara de un negro que

se le ha puesto a Mahad-Yazdán, y entonces Mahad-Yazdán pone las manos a modo de bocina, y aúlla:

—¡Soy el puto genio de la lámpara! ¡Frótamela, blancata! —y Palmira se inclina hacia a él y le planta un besito en la mejilla.

Pronto Mahad-Yazdán será la clase de alumno al que sus profesores llamarán para explicar su filosofía de branding en la facultad de económicas, a lo que él responderá: «Mi filosofía soy yo», y todo el anfiteatro aplaudirá entusiasta, mientras en el proyector aparecerán imágenes de la plaza del MACBA llena de gente que chorrea su merengazo en la ropa. Las estudiantes de intercambio fliparán con él, y los gorditos de su facultad habrán adelantado en las quinielas a los escuálidos pantalones de pitillo. Éste será el legado de Mahad-Yazdán en el skate. Y aquí es donde acaba de cumplir la primera venganza contra Alejo Claramunt. Pero aún falta algo muy importante.

Looptroop es el temazo que suena en el teléfono de Alejo Claramunt, que descuelga la llamada viendo cómo a veinte metros de él, Mahad-Yazdán aprieta con su gordo índice un extrafino teléfono enmarcado en diamantes, tecnológicamente mejor que el suyo. Con una voz conciliadora, el iraní le dice que un pajarito le ha dicho que ha dejado tirada a Palmira y ha vuelto con su chica. Le dice también que el mismo pajarito le ha informado de que en su última cita con Palmira se dejó un anillo por el cual su chica no para de preguntar, y que, como seguramente no quiera que su chica sepa de la localización del anillo, él puede decirle cómo conseguirlo de vuelta, y entonces Mahad-Yazdán le chiva la dirección de su casa y le da una hora.

Esa tarde, Alejo Claramunt ha tomado la decisión de seguir las instrucciones de Mahad-Yazdán y se presenta en Gràcia. No obtiene respuesta al hundir su dedo en el botón que anuncia la residencia de los iraníes, pero la chicharra metálica vibra y le deja paso a la untuosa recepción del bloque. Luego en el ascensor sube a la última planta del bloque, donde le atiende quién sabe si una exótica mujer islámica cubierta de un velo, que lo guía por el laberinto de pasillos del palacete hasta las saunas.

Una vez dentro de la sauna, otro criado del palacete le invita a que se desnude si quiere seguir su camino, cosa que Claramunt acepta porque ya es demasiado tarde como para dar marcha atrás. Con los ojos guinyados para afinar la visión entre la densa pantalla de vapor que llena estos cubículos de azulejos, Alejo va abriéndose paso hasta llegar al último cubilete. La luz escasea y solo puede tantear las paredes, pero entonces encuentra algo que resplandece en lo que parece una especie de desagüe.

El patinador se agacha para coger la pieza de joyería, y entonces Mahad-Yazdán lo aborda en toalla por detrás. Y detrás de Mahad-

Yazdán se encuentra una pérfida Palmira, que lo está grabando todo. Mahad-Yazdán se pone carinyoso. Le dice que puede llevarse su anillo, pero que todo este tiempo ha estado fantaseando por las noches con acariciar sus duros muslos musculosos ejercitados en la ciencia del patín. También le dice que su único objetivo con la empresa de ropa gorda y tablas no era restregarle el merengue por la boca, o sí, eso es secundario, pero en cualquier caso lo primero es llamar su atención y aportarle felicidad pecuniaria, ya que aquella otra, la felicidad afectiva, no la había encontrado. Pero eso es porque Alejo no quiso, aunque aún está a tiempo de saber cómo se las gastan en Irán.

—Te voy a enseñar yo lo que es la felicidad afectiva —aúlla al fondo de la sauna el rey del kebab, imprevisto con el que Mahad-Yazdán no había contado.

Palmira, un poco disgustada por lo que acaba de ver, abandona el palacete oriental y siente náuseas por haber sido engañada y utilizada por alguien como Mahad-Yazdán. Cuando llega a su piso multicultural ve el vídeo que ha filmado en la sauna, y poco a poco la niebla empieza a disiparse, y piensa que bueno, que puedes ser un iraní gordo y caer moderadamente bien a la penya. Que incluso puedes ser un iraní gordo al que las cosas le marchen moderadamente bien, y parapetado por esa instantánea del discapacitado paralímpico que supera las barreras de la naturaleza seguir cayendo simpático. Que puedes ser un tío de Oriente Medio muy gordo que se jacta de ser negro, y que entonces todo empezará a ir realmente mal. Pero tronco, nunca seas un jodido gordo iraní montado en el rial que se jacta de ser negro como el carbón y además tiene inclinaciones gayers.

Eso nunca. Eso es demasiada desviación.



GRAVES

de Sergio Lifante

A Elena Guasch, in memoriam

- “-Sólo tienes que abrir esa puerta y viajar por el tiempo. (...)
- Quizá llegamos tarde. Estamos a 34 de diciembre y no ha llegado el
año nuevo.
- Ah, sí, sí, pero Navidad fue el 27. En Venecia los años siempre son
un poco más largos”.
- Hugo Pratt, *Corto Maltés en Siberia*.

“El vasto mundo: un grano de polvo en el espacio.
Toda la ciencia de los hombres: palabras”
- Omar Khayyam, *Rubaiyat*

Este año he vuelto a visitar Venecia. No he venido para dejarme deslumbrar por ninguna de las maravillas que ilustran las postales, ni espero comer en ninguna de sus tascas. He encontrado un pequeño albergue barato en el Lido, compro comida en los supermercados y me alimento a base de bocadillos, pagando lo poco que se puede uno permitir en estos tiempos de ayunos y expolios. No es esta la Italia maravillosa de las películas americanas, con sus olivos y sus huertos de tomate y sus terrazas con mesitas de café. Todo lo contrario. Es por ello que viajar a la búsqueda de una historia fantástica se me antoja tan ingenuo y absurdo. Busco al personaje de un cuento, un individuo que probablemente jamás haya existido. No me importa si mi búsqueda tiene algún sentido racional, he llegado aquí siguiendo un instinto, un arrebató romántico e ingenuo que no puedo reprimir. La Italia de Monti no es lugar para fantasías, y sin embargo aquí estoy cazando fantasmas. Cuando el vaporetto se detiene en la estación de Bacini, siento que los tiempos decrépitos en los que vivimos han quedado lejos, en otro mundo. Venecia parece no cambiar nunca.

Siempre me ha fascinado esta ciudad, y no por los monumentos que decoran las portadas de las guías de viajes y las revistas de historia. Lo primero que deseo es alejarme cuanto antes de la Plaza San Marcos. Las masas de turistas giran en torno a la basílica como moscas, y cuando paseo por allí me siento invadido por miles de pasos, por el

estridente colorido de las paradas de *sourvenirs* y los violines del café Florian. Los grandes monumentos y las aglomeraciones me convierten en seguida en una pulga asustadiza que huye para esconderse en un rincón oscuro. La Venecia que yo amo se esconde entre las estrechas calles del barrio judío, los patios ocultos, los amarres, los puentes pequeños. Es fácil desorientarse en este laberinto de canales, y, cuando uno pierde la noción del espacio, es fácil perder también la del tiempo, e imaginarse caminando por las mismas calles en cualquier otro siglo, entre las mismas paredes, ventanas y pasajes. Es entonces cuando uno puede esperar cruzarse en cualquier esquina con Gustav, o Tadzio, con Shylock, y si sonríe la suerte, tal vez, Corto Maltés, con su gabardina azul y su cigarrillo entre los labios. Venecia casi obliga a la fantasía, te muestra sus venas abiertas, las cicatrices del tiempo en sus muros.

Perderse entre las calles de esta ciudad es un perfecto placer solitario. Con cada paso me permito el lujo de rebobinar el tiempo; reconstruyo un pasado mitológico, y pronto casi puedo ver los fantasmas de los que han vivido aquí. Me cuesta un mínimo esfuerzo vestir a los vendedores de pescado con ropas del renacimiento, imaginar olores agrios, telas sucias, grandes personalidades de la historia que, igual que yo, se habrán perdido en estas calles. A veces persigo la sombra de Fortuny, cargado de telas y tintes, otras me decanto por espiar al espíritu de Tiziano, de camino a una tasca. Esta es la Venecia que amo, una ciudad que no existe, que se construye a si misma a cada paso; una puerta entre dos mundos, erigida con piedra viva que constantemente me habla y me pregunta, me encamina a buscar el inicio de una historia al otro lado del espejo.

Empiezo paseando por los callejones sombríos, me detengo a contemplar los agrietados muros, las viejas persianas de madera pintadas de verde. Sé donde quiero ir, pero no tengo prisa, prefiero distraerme inspeccionando las cosas pequeñas, los patios umbríos, la verjas de hierro, el liquen que trepa por las escaleras de los muelles. Enciendo un cigarrillo en memoria de Elena. Me paro a pensar en ella, mientras el humo se deshace contra el cielo azul de primavera.

No hace mucho que murió, todavía puedo recordarla con detalle. Aún no ha desaparecido de mi memoria el timbre de su voz, el gesto con que encendía un cigarrillo, la sequedad de su piel, sus pasos lentos por aquel pequeño y sucio apartamento; la mirada perdida cuando intentaba recordar y reconstruir historias, la forma en que dejaba los libros que traducía abiertos, sobre un atril- las páginas sostenidas por clips- papeles y sobres llenos de notas y direcciones, uno sobre otro,

como hojas que ha arrastrado un vendaval. Cada uno de los pequeños detalles que la formaban siguen en la proa de mi memoria, y no me cuesta invocar su fantasma, imaginarlo con gestos precisos, miradas exactas, una presencia casi real. No puedo evitar preguntarme cuánto tiempo podré seguir haciéndolo, cuándo mi amiga se convertirá en otra imagen sombría, un retrato vago de la persona que fue; sé que su rostro se irá deshaciendo poco a poco, y al final ya no será más que un nombre, una palabra frágil.

Pero mientras su recuerdo sigue vivo y definido, he venido a Venecia a terminar la historia que comenzó ella. Es mi pequeña elegía, venir aquí y encontrar al ser misterioso al que decía conocer. Elena siempre explicaba igual su historia, la había contado cientos de veces, y pensaba contarla cien veces más. Imprimía a su narración pausas misteriosas, susurros, le ofrecía al cuento un deslumbramiento del cual mi relato es sólo la sombra. El cuento empezaba los últimos días de diciembre de 1979, en la estación de trenes de Santa Lucía, bajo una maraña de cables suspendidos y ventanas de vidrio. Elena había llegado a la ciudad tres días antes de lo previsto, y el hotel en que había esperado encontrar alojamiento no tenía vacante alguna. Buscando por los puestos de información alguna guía que le permitiera encontrar una habitación, se entretuvo conversando con un apuesto turista americano, “pulcro” era la palabra que usaba para describirlo. Barba recortada, bien vestido, alto y de gestos amables. Su nombre, Christopher Graves. Había llegado a Venecia hacía pocos minutos y buscaba un mapa que le orientase hacia el hotel. Los dos viajeros caminaron por el laberinto de canales; como ninguno de ellos hablaba el idioma del otro, se comunicaban en francés. No había, en apariencia, nada extraño en aquel discreto americano, sin embargo su presencia producía en mi amiga una extraña sensación. Daba la impresión de que ese hombre al que acababa de conocer era un amigo de la infancia, alguien con quien era posible conversar con absoluta facilidad y confianza. Seguramente por eso, cuando el americano le ofreció la posibilidad de alojarse con él en su habitación de hotel, ella aceptó la sugerencia. Es evidente que surgieron algunas dudas pasajeras, acerca de las posibles intenciones de aquel amable turista, pero desoyendo los consejos de periódicos y telediaris, la viajera lo acompañó.

La habitación del hotel era una de esas estancias de techos altos y decoración recargada que serían del todo intolerables en cualquier otra ciudad, con sus aparatosos muebles de palacio; la cama con cabecera de remates dorados y las terriblemente cursis cortinas que enmarcaban la vista del canal. Le ofreció a Elena la gigantesca cama, y con las

sillas de la habitación dibujó un biombo para delimitar su espacio, un remilgado sofá, más decorativo que práctico en el que dormía por las noches. Llegados a este punto, semejantes gestos de amabilidad hubieran resultado extraños, sin embargo esto no la inquietó en absoluto. Ninguna de las cosas que le iban a suceder le pareció extraña en su momento, como si de pronto lo asombroso resultase común, igual que en los sueños uno se acostumbra a volar, o a leer libros vacíos. Aceptó con total normalidad el hecho de que Christopher no pareciera dormir nunca, ni realizase sonido alguno; ni el ruido de la ducha, ni la puerta del lavabo. Parecía capaz de desaparecer cada vez que ella dejaba de mirarlo.

Pasearon juntos por Venecia durante días. En esta parte Elena sabía omitir los detalles, puesto que a nadie le interesa si visitaron primero el Ponte Vecchio o el Palacio Ducal. Tampoco importa que pasaran el año nuevo en la ciudad y cualquier anécdota acerca de estrenar los ochenta en una ciudad donde apenas hay rastro del siglo XX quedará para siempre en el olvido. Lo que importa fue una breve conversación después de una anodina comida en un restaurante de Il Ghetto. Estaban tomando de postre un esponjoso bizcocho de chocolate con salsa de fresa, ligeramente caliente, uno de esos postres que se degustan lentamente. Ella comentó lo delicioso que estaba, y el misterioso americano no dudó en puntualizar que prefería los pasteles de Elena. “Ese pastel de galletas que te gusta cocinar cuando te sobra tiempo el domingo por la tarde. Es mucho mejor que este postre”.

Elena era de naturaleza humilde y no era propio de ella ir promocionando sus habilidades, ni las literarias, ni las culinarias, sus dos grandes pasiones. Le preguntó a Graves cómo podía saber él acerca de su pastel con galletas; su respuesta fue clara, “Yo lo sé todo sobre ti. Nos conocemos desde hace mucho tiempo. Y sé lo que eres, un ange pendu”. Un ange pendu, un ángel colgado. Elena estuvo preguntándose el resto de su vida que quiso decir eso. Ella se refería siempre a la carta XII del tarot, “Le pendu”. El colgado es uno de los arcanos mayores, suele interpretarse como la carta del sacrificio, el calvario necesario para poder volver a nacer de nuevo, el giro de perspectiva, el dolor para el conocimiento, ¿pero, y el ángel?

Elena tomó el tren de vuelta antes que Graves, que le despidió desde el andén. Venecia quedó atrás, un borrón en el horizonte, y cuando el tren ya había abandonado las fronteras de la ciudad, ella se dio cuenta de que había ocurrido algo extraño en aquel viaje. Era como si acabara de despertar de un encantamiento. Llegó a Barcelona unos

días después, y al repasar las fotografías que había tomado de la ciudad, confrontó un nuevo misterio: la cara de Christopher Graves no aparecía en ninguna foto. En todas las instantáneas aparecía empañado, un borrrón en lugar de rostro. Las fotografías son un segundo congelado, evidencias de un universo que ya no existe, captado un instante antes de deshacerse para siempre. Pero aquel misterioso viajero no se había dejado capturar, como resistiéndose a ser recordado, como si temiera permanecer congelado en un marco de papel.

Es por eso que se me hiela la sangre al mirar otra vez una de las fotografías que he traído conmigo. En ella aparece mi amiga hace treinta años, acompañada de un hombre alto con barba corta y una camisa blanca. Pero su rostro ya no está borroso como lo recordaba, sino perfectamente definido. Es como si la fotografía se hubiese reconstruido en mi camino hacia el lugar donde fue tomada hace tiempo. La mirada de Graves está inmóvil, pero posee un destello vivo que parece estar ocurriendo en el presente, como si me estuviera mirando ahora mismo desde el otro lado de una ventana. Detrás de ellos está el Café Mahler, que todavía sigue abierto tres décadas después. Yo me encuentro en el lugar donde había estado el fotógrafo, con la foto en mi mano extendida hacia la fachada del edificio, intentando poner un parche de pasado sobre el presente, haciendo coincidir las cornisas y los marcos de las ventanas con los de la fotografía.

El restaurante, por dentro, no parece poseer ningún aura extraordinaria, aunque sin duda alguna se nota la patina del tiempo en sus muros de color blanco agrio, y un gusto muy tradicional, con sillas oscuras y mesas con viejos manteles; un suelo de baldosas marrones que deben haber pisado miles de botas distintas desde aquel día en que Graves le habló a Elena del ángel colgado. Lo cierto es que mi mente siempre había recreado este espacio con una cierta fantasía pictórica que poco tiene que ver con la realidad, lo imaginaba con espejos antiguos y lámparas de araña. Pero me gusta más así, sencillo y discreto, sin el perifollo ostentoso del escenario de un cuento de hadas.

Pido una copa de vino. Quisiera tomar el menú entero pero mi presupuesto es bastante humilde, mi amiga se tendrá que conformar con un trago a su memoria, en lugar de tener todo el banquete. Mientras disfruto del tinto me pongo a leer el periódico que como de costumbre exhibe una sombría galería de números rojos y desastres naturales. Levanto la vista de las páginas, descubro a un hombre sentado en el taburete de al lado. Cuando me fijo en su rostro, siento como el corazón me da un vuelco. Es él, con una cerveza en la mano

y un cigarrillo entre los dedos. Graves tiene una presencia extraña, un aura misteriosa que le hace parecer ajeno al resto del mundo material, transmite una sensación de levedad etérea imposible de explicar: no hay nada extraño que pueda percibir con los sentidos, pero es como si de algún modo supiera que no estoy ante un hombre corriente, sino ante algo distinto que ha adoptado el aspecto de un ser humano. Además, no ha envejecido ni un solo día desde el rostro de la fotografía, tiene la misma barba perfectamente recortada, la misma mirada vivaz, que se gira para clavarse en mí como un arpón. Rápidamente vuelvo a mirar las páginas del periódico, como si no nos hubiéramos visto. Hago ver que leo interesado, mientras mi mirada se desliza lentamente por el rostro bovino de un ministro italiano envuelto en un escándalo de orgías. Al cabo de un rato le oigo hablar con el camarero, paga su cerveza y luego deja caer unas monedas extra para pagar mi copa de vino. Sigo mirando al señor ministro, pero noto como sus ojos se clavan en mí.

- Gracias...gracias por invitarme a la copa.
- ¿Quieres otra?- Me sonrío amablemente.
- Sí, de hecho la necesito.
- ¿Llevas mucho rato esperando? Perdóname por llegar tarde, había mucha cola en el estanco.
- ¿Cómo me has encontrado?
- Yo no te he encontrado, eras tú el que me andaba buscando. Encantado de conocerte, Sergio. Ya sabes cómo me llamo-. Me tiende la mano, pero yo no le devuelvo el gesto, en su lugar me bebo de un trago mi copa de vino.
- ¿Cómo sabes mi nombre?
- Cómo te he encontrado, cómo sé tu nombre... sé cosas, Elena te habló de mí. ¿Esperabas algo distinto? - sigue con la mano extendida, le devuelvo el saludo con timidez.
- Perdona... supongo que puedes entender que esté un poco sorprendido.
- Sí, claro, tómate tu tiempo, respira, pillla la onda zen, todo eso-. Me ofrece un cigarrillo, yo lo acepto, lo enciendo rápidamente y me lo fumo en silencio. Pido otra copa.
- Supongo que no hace falta que te diga lo de Elena-. Le digo en voz baja.
- ¿Ha muerto?
- Hace unos meses.
- Lo siento. Supuse que por eso estarías aquí.
- Ella siempre andaba explicando tu historia, si quieres que te diga la verdad, nunca me la creí. Tampoco importaba, vine aquí buscando

lo que sabía que era una fantasía. Pero ahora estás frente a mí y no sé qué decirte.

- ¿Me parezco a cómo ella me describía?

- Yo te imaginaba más guapo. Con una nariz menos ganchuda.

- La gente suele recordarme con buenos ojos, es una de mis incontables cualidades.

- Dices que saber cosas está entre tus incontables cualidades. ¿Qué sabes de mí?

- Sé que prefieres fumar Lucky Strike al tabaco de liar, pero que rara vez te compras un paquete porque eres un tacaño. Sé que prefieres la poesía a la prosa, que guardas en el cajón de tu mesita de noche un Cristo, aunque no crees en Dios. Dices que prefieres a Mozart, pero tu réquiem favorito es el Preisner, sé que te gusta soñar que caminas por Venecia, y que justo después de despertarte, apuntas tus sueños para que no se te olviden. Pero te has olvidado de mí.

- ¿Me estás diciendo que nos conocimos antes, en un sueño?

- No, digo que me recordarías por haber apuntado tu sueño. Pero yo no soy ningún chamán o psiconauta que viaje por los sueños, lo mío es habitar realidades diferentes. En ocasiones uno piensa que sueña, pero en realidad está viviendo otra vida, otra posibilidad de la existencia.

- No es justo. Sabes demasiadas cosas sobre mí, y yo no sé nada sobre ti. Creo que tras haber viajado hasta aquí podrías contarme alguna cosa.

- Prefiero fumar Gitanes, aunque en esta ciudad no es fácil conseguirlos. Me gusta el café solo, los episodios antiguos de Dr. Who, cuando me aburro cojo poemas de autores del renacimiento y cambio los versos de orden para crear historias surrealistas. Soy un adicto al chocolate, me gustan los gatos y prefiero el vino blanco.

- Pero no me has dicho quién eres exactamente. O qué.

- Esa es una pregunta difícil de responder.

- Intenta darme una versión resumida.

- Soy Christopher Graves, el eterno pasajero de Venecia.

- ¿Qué significa eso?

- Significa que existo sólo en esta ciudad. Esta ciudad es a la vez mi hogar y mi prisión, mi bendición y mi condena es estar para siempre aquí, existir solamente dentro de estas fronteras.

- No lo entiendo, ¿estás encerrado aquí? ¿Qué te impide salir?

- ¿Has visto las fotos del viaje de Elena?

- Sí, de hecho llevo una aquí.

- En todos los vídeos y fotografías ocurre lo mismo, ¿imaginas qué puede ocurrir si salgo? Sólo puedo existir aquí. No soy el único, hay muchos como yo, tanto en esta ciudad como en muchas otras.

- ¿Entonces eres un fantasma? ¿Una especie de vampiro? ¿Un ángel?
- No intentes catalogarme dentro de las criaturas de la fantasía humana. Soy otra cosa, de la que no hablan tus historias, y a la vez soy también humano, tanto como tú.
- Excepto que tú no envejeces.
- Estoy restringido en este espacio, ¿no es justo que eso me de ciertas ventajas sobre el tiempo?
- Ventaja sobre el tiempo...¿puedo preguntarte tu edad, si no es indiscreción? ¿Un siglo? ¿Dos?
- No, Sergio, mi vida no se mide en años, ni en días, ni en siglos. Esta sucesión de causas y de efectos que usas para entender el tiempo no existe para mí. Yo no distingo futuro y pasado, todo existe a la vez en el presente.
- No entiendo lo que estás diciendo.
- Es complicado de explicar. Si me permites, te invito a comer y hablamos.
- Espero que puedas pagarlo con dinero de este siglo. Usamos euros, por ahora, ¿se derrumba la Unión Europea en el futuro?
- Sí, claro; al final todo se derrumba, Roma, el imperio Austro-Húngaro, Europa...no me preguntes lo evidente.

Graves habla con tono pausado e intentando hacerse entender lo mejor posible, se explica con complejas y hermosas metáforas cuyo sentido entiendo a duras penas. Mientras le escucho saboreo un plato de espagueti con setas. Las setas le dan a la pasta un sabor áspero desagradable, suavizado con salsa de vino blanco. Apenas mastico, el hambre me obliga a tragar rápido, mientras mi mente intenta descifrar las palabras de Graves. Me habla de Nietzsche y el eterno retorno, de como todo lo que existe en el universo se transforma eternamente repitiendo todas las formas posibles, y así es como existen y existirán infinitos universos de posibilidades. Para él todo ocurre al mismo tiempo, y aquello que separa la causa del efecto, el futuro del pasado, es sólo un error de la percepción humana. Todo es presente y ocurre a la vez, y saber esto le ha permitido existir en otro tiempo, en otra percepción totalmente ajena a la de los hombres comunes. Por mi parte, me da la impresión de que estoy hablando con un loco, pero asiento con incredulidad mientras espero al segundo plato.

Pero entonces ocurre algo inexplicable. Graves alza la mirada y sonrío a alguien detrás de mí, yo no necesito darme la vuelta para saber de quién se trata. Recuerdo bien la voz de Elena, pero suena mucho más clara, sin el rastro quebradizo que dejarían en su garganta miles de

paquetes de Ducados. Ella se sienta en un lado de la mesa, me sonrío y se presenta, como si no me hubiera visto nunca. Lo cierto es que yo nunca la había visto así, joven, antes de tener a sus hijos. No hay en su rostro rastro de todas aquellas marcas que los años le dejarían en la cara, y su cabello es de un castaño brillante, nada parecido al gris que recuerdo. Pero todavía se agarra el mechón de pelo y se lo enreda en torno al dedo, un gesto familiar que todavía acompaña esa mirada encendida e inteligente.

Me presento con amabilidad, evidentemente ella no sabe nada de mí, todavía faltan más de cinco años para mi nacimiento. La Elena que tengo delante ha salido de otro mundo y otro tiempo que yo jamás he conocido; pero igual que yo es una viajera por Venecia. La conversación es grata durante el segundo plato, mientras hablamos sobre el buen día que hace, la vida del emperador Adriano y el arte japonés del arreglo floral. Cuando llega el postre- esa famosa tarta de chocolate- la conversación apenas se arrastra y aprovecho un silencio para dirigir la charla hacia otro cauce.

- Cafe Mahler. Me gusta como suena, hace poco he vuelto a escuchar mucho a Mahler. "Ser langsam", de la tercera sinfonía. Una amiga falleció hace poco, la recuerdo escuchando esa melodía. La verdad es que no entiendo la letra, pero a mí me suena a elegía.

- Lo siento por tu pérdida-. Me dice Elena, cumpliendo con el convencionalismo.

- Me pregunto que hay después...después de la muerte, quiero decir. Hace un rato Christopher me estaba intentando convencer de que no existía realmente, que la muerte es un estado transitorio del que todos volvemos por virtud de un eterno retorno, de un universo que muere y renace para siempre.

- Me gusta imaginarme algo más espiritual-. Dice Elena- Una especie de sueño del que nunca se despierta, pero la verdad es que no tengo ni idea. Ninguno de nosotros puede saberlo, ¿no? Esa es la gracia de estar vivos, esa incertidumbre. Pero yo no puedo creer en eso de regresar eternamente, me haría vivir con miedo, sin poder arriesgarme nunca, consciente de que todo lo que me hiera me seguirá doliendo para siempre.

- Entonces imagina que regresas infinitas veces, en infinitos universos, donde toda opción posible se puede concebir. No es una idea tan descabellada, incluso algunos científicos se la plantean como posible-. Graves deja caer su piedra metafísica.

- Bueno, a mí me sucedió algo...una historia...con mi bisabuela-. Elena hace una de sus típicas pausas mientras entorna los ojos

recordando el rostro de su antepasada- Ella era italiana, de Florencia, se sabía de memoria la Divina Comedia. La había leído una y otra vez, podía recitar perfectamente cada verso. Evidentemente, también creía en la vida después de la muerte, no sé si en cielos, purgatorios y paraísos, pero ella estaba convencida de que había algo después. Nos prometió que cuando muriera haría todo lo posible por ponerse en contacto con nosotros. Muchos años después de su muerte, me encontraba traduciendo una novela, en ella había un verso de la Divina Comedia, pero sacado fuera de contexto. Para poder traducirlo bien, necesitaba encontrar la fuente, y pensé en mi abuela, que me podría haber dado de memoria el número de la página. Fui expresamente a coger su ejemplar, una edición decimonónica con ilustraciones de Doré, magnífica. El libro que había leído ella una y otra vez, con sus páginas amarillentas...

- Entonces sostuviste el libro entre tus manos, invocaste el nombre de tu bisabuela, abriste el libro al azar y de todas las páginas, fuiste a acertar justamente la que contenía la cita-. Completo la historia de Elena, ya me la había contado antes, claro que ella no lo sabía.

- Sí...eso es exactamente lo que ocurrió. ¿Cómo sabes eso? ¿Te ha pasado algo parecido?- Elena enciende un cigarrillo, parece muy tranquila a pesar de mi predicción.

- Lo cierto es que sé muchas cosas sobre ti. Nos conocemos desde hace mucho tiempo. Y sé lo que tú eres.

- ¿Qué soy?

- Un ange pendu-. Lo digo sin pensar. Mi amiga se me queda mirando extrañada, no comprende lo que acabo de decir, y yo tampoco. Se hace un silencio enorme entre nosotros, un silencio que parece dispuesto a perpetuarse.

- ¿Pido un café?- Graves quiebra el gran silencio de un hachazo.

- Por favor.

- Yo no, gracias-. Dice Elena.- Voy al lavabo, ahora vuelvo.

- Te esperamos-. Ella se levanta y se va.

- ¿Qué ha querido decir eso?- Graves me mira extrañado.

- ¿Cómo? Un ange pendu. Es lo que le dijiste tú cuando os encontrasteis en este mismo restaurante.

- No recuerdo haberle dicho nunca eso. Pero me gusta como suena, ¿así es como lo explicó ella?

- Sí, exactamente así. Un ange pendu. Ella siempre decía que tenía algo que ver con el tarot, ya sabes, la carta del colgado.

- Un ángel que se sacrifica. Un ángel suspendido al revés, con el tobillo atado a la rama de un árbol.- Graves alza su taza de café, pero la falta de pulso hace que derrame un poco sobre el mantel, dejando una pequeña mancha que cubre con la servilleta.

- En realidad sí se parece a ella, ahora que lo pienso. Describe bien a la persona que conocí, describe también cómo murió. Un ángel sacrificado. No es una historia con final feliz. La vida nunca es una historia con final feliz, eso es privilegio solamente de los cuentos y la fantasía-. Graves no me contesta, se limita a ofrecerme un cigarrillo que acepto. Pasa un rato-. Elena no vuelve-. Pienso en voz alta.

Me pongo en pie rápidamente, dejo mi café a la mitad y doy la última calada al cigarrillo antes de aplastarlo contra el vientre de cristal del cenicero. Mientras camino hacia el lavabo, me vuelven imágenes del último día de su vida, bajo la luz cálida de septiembre, pronunciando frases intermitentes con la fatiga que da el dolor. Aquella tarde, yo no sospechaba que alguien se podía morir de pena. Cuando al día siguiente su hija me llamó entre lágrimas, pasé un rato preguntándome qué podría haber hecho mejor, cómo hubiera sido posible poner cerco a su ansiedad y su tristeza. Todos nos lo preguntamos. Pero sabemos que el pasado ha quedado atrás, que no tiene sentido culparse, que al final uno sólo puede salvarse haciendo las paces y caminando adelante. Pero ahora tengo mi momento, mi breve parpadeo en el pasado.

Pero cuando llego al lavabo encuentro ambas puertas cerradas. Del baño de mujeres sale primero una anciana que vuelve a la mesa a tomar café con sus amigas. Poco después se abre la puerta del lavabo de hombres, veo al camarero que nos ha traído los platos. ¿Dónde está Elena? Me asomo a la cocina, no hay rastro de ella, pregunto, nadie la ha visto salir. La puerta de atrás da una de las sombrías callejuelas, un lado da a un pequeño canal y el otro a la plaza iluminada por el sol, pero no hay rastro de mi amiga. Cuando regreso a la mesa tampoco encuentro a Christopher Graves, parece que él también ha desaparecido, la factura está pagada con solamente un menú y una copa de vino, y tanto su taza como la mancha de café han desaparecido del mantel. No hay rastro de nadie salvo de mí en el Café Mahler.

Recojo mi maletín y salgo fuera, un tenue sol de primavera me ciega los ojos. Todo parece totalmente normal en la plaza, una pareja toma café, unos turistas miran un mapa...yo vuelvo a caminar por la ciudad, vagando sin rumbo por sus puentes y sus canales. En la foto Graves sigue sonriendo, pero el extraño calor de su mirada ha desaparecido, y la textura borrosa de sus ojos da cuenta de los años que tiene la foto. Pero me voy con la impresión de que volveré a encontrarle, tal vez ya no lo recuerde cuando ocurra, quizá sea en otro universo, después de sabe Dios cuántos millones de siglos, después de que Venecia se haya sumergido en el agua, detrás de milenios de

pestes, guerras y monumentos alzados otra vez, Tiziano, Marco Polo, Casanova, eternamente recorriendo estas mismas calles, perdiéndose en las sombras de las puertas y las estatuas. Presiento la intuición de un tiempo inmenso, una dimensión cósmica más allá de nuestros ojos y nuestras mentes, donde el universo se destruye y se rehace constantemente, y la pequeña partícula de esta ciudad alzándose una vez y otra sobre el agua.

El sol se pone detrás de Murano mientras el vaporetto me lleva a mi albergue en el Lido. Las gaviotas vuelan en círculo contra un cielo de nubes desgarradas, a veces se posan sobre los amarres y las boyas mientras los turistas japoneses sacan fotos entusiasmados por la melancolía crepuscular del paisaje. La ciudad se aleja poco a poco, y todo lo que queda atrás es una sensación de irrealidad. Apuro el último cigarrillo sentado en el muelle, de mi maletín saco una libreta y trato de anotar con el máximo detalle mi conversación con mi amiga y con Graves. Apunto todo lo que puedo antes de que muera el día. Con cada palabra que escribo en mi libreta siento como si el mundo en torno a mí se derrumbase, segundo a segundo, la cruda realidad parece derretirse. Trazo frases con fiereza; a mi alrededor la aridez, el sufrimiento, el terror y la injusticia se convierten, por un instante, en partículas agitadas al azar en la frenética danza de galaxias y universos. La vida en la Tierra parece entonces minúscula, una cruel y hermosa insignificancia, tan pequeña como un hombre rezando frente al cielo, libre pero atemorizado. Pongo el punto final y cierro los ojos, respiro profundamente, el aire con olor a mar y gasóleo invade mis pulmones y devuelve a mi cuerpo la realidad. Cuando abro los ojos, el muelle del Lido vuelve a estar ahí, sólido y real, invadido por las sombras de la noche. Guardo mi libreta en el maletín, empiezo a mascar un chicle, vago por las aceras de camino al hotel, con el cansancio, el hambre y la pereza del que acaba de despertar de un largo sueño.



Colla



BIOGRAFÍAS

MATÍAS CANDEIRA

Nació en Madrid en 1984, es escritor y guionista, licenciado en Comunicación Audiovisual por la Universidad Complutense de Madrid y Diplomado en Guion cinematográfico por la ECAM. Imparte talleres de escritura creativa y relato breve en la Escuela de Escritores de Madrid, y colabora en medios como «La tormenta en un vaso» o «Culturamas». Durante los últimos años, su trayectoria ha sido avalada por numerosos premios literarios de prestigio, entre otros muchos: el Premio de Cuentos Ignacio Aldecoa, Certamen de Jóvenes Creadores del Ayuntamiento de Madrid o el Premio Internacional de Narrativa Tomás Fermín de Arteta. Es autor de *La soledad de los ventrílocuos* (2009, Tropo Editores) y *Antes de las jirafas* (2011, Editorial Páginas de Espuma).

PAULA CIFUENTES

Nació en Madrid en 1985. Ha finalizado sus estudios de Derecho Español y Francés en la Sorbona y prepara su tercera novela. Tras haber obtenido varios premios literarios por sus cuentos, emprendió un ambicioso proyecto al que dedicó cuatro años de investigación, y que culminó con la publicación de su primera novela: *La ruta de las tormentas* (Martínez Roca, 2005), sobre la vida de Hernando Colón, el hijo ilegítimo de Cristóbal Colón. Su segunda y última novela hasta la fecha es *Tiempo de bastardos* (Martínez Roca, 2007) con la que ha sido finalista del VII Premio de Novela Histórica Alfonso X el Sabio.

JENN DÍAZ

Nació en Barcelona en 1988. Empezó la carrera de Filología Hispánica, pero no la acabó. Subdirectora de la revista literaria Granite&Rainbow y su primera novela, *Belfondo*, ha sido publicada en Principal de los libros y traducida recientemente al italiano por Edizioni La Linea. La segunda, *El duelo y la fiesta*, fue publicada en la misma editorial en junio 2012.

SERGIO LIFANTE

Nació en Barcelona en 1986. Estudiante y escritor, en 2011 publicó el relato 'Tokio Pigmalión' en la antología *Mi madre es un pez* (Libros del silencio)

ANTONIO J. RODRÍGUEZ

Nació en 1987 y actualmente vive en Barcelona, donde trabaja como traductor literario y periodista. Estudió Periodismo y Literatura en la Universidad Complutense de Madrid. Ha colaborado en medio como el suplemento EP3 de «El País» y el diario «Público». Desde 2007 mantiene activo un blog (<http://ibrahimberlin.blogspot.com>); ejerce la crítica literaria en la revista «Quimera». Como escritor de ficción es autor de *Exhumación* (Alpha Decay, 2010), relato escrito junto a Luna Miguel. *Fresy Cool* (Random House Mondadori, 2012) es su primera novela.

JUAN SOTO IVARS

Nacido en 1985 en Águilas (Murcia), Juan Soto Ivars es autor de las novelas *La conjetura de Perelmán* (Ediciones B, 2011) y *Siberia* (El olivo azul y Sigueleyendo, 2012) y editor junto con Sergi Bellver en la antología *Mi madre es un pez* (Libros del silencio, 2011), con cuentos de algunos de los principales autores españoles de varias generaciones: Eduardo Mendoza, Alberto Olmos, Mercedes Cebrián, Ricardo Menéndez Salmón o Rodrigo Fresán entre otros. Es miembro fundador del movimiento Nuevo Drama. Tiene una sección de entrevistas propia la revista Primera Línea, colabora habitualmente en otras revistas de tirada nacional como Revista Tiempo y en las internacionales Vice y Ling. Obras: *La conjetura de Perelmán* (2011); *Siberia* (2012); *Memorias de Arnold Schwarzenegger* (2011, publicada por entregas).

Colla



REDACCIÓN

Fundadores: Marco Gigliotti
Francesco Sparacino

Reseñas: Elisabetta Pasca
Lorenzo Gramatica

Compaginación: Mauro Maraschi

